

*Caupolicán Montaldo*

# UN CIUDADANO

(Bajorrelieve del Doctor Luis Calvo Mackenna)

---

EDITORIAL "OSORNO"  
DE LA  
IMPRESA GONZÁLEZ  
OSORNO (CHILE)  
1948

---

# SALUDO PARA "UN CIUDADANO"

—EN EL LIBRO DE CAUPOLICAN MONTALDO—

---

Cuando los dioses decidieron que entrase al destino de los hombres este poeta, cuya cabeza evoca la mismísima semilla de la ilusión, no le dotaron de una sutil y deliciosa tajada de pan, sino que le cosieron las dos alas verdaderas con que los ángeles y los soñadores vagan por las geografías del delirio. Y el niño Montaldo, sin nombre aún, pero con tan magnífico equipaje, alborotó el alba de su sangre, naciendo en esta tierra de enueño y lava, en este Chile, que resuena como el cuerno de caza de los jinetes que persiguen al ciervo ideal.

Dijo el padre, dando vueltas el horóscopo del hijo:

—Llamémo de Caupolicán: así, el tronco aquel de la leyenda le adiestrará el hombro para el cargamento de las bellas ideas.

Y, así fué: Caupolicán Montaldo comenzó a ser el niño de ojos ardidos de horizonte. Y mientras el bozo le doraba el rostro, crecían sus ojeras de joven desvelado por el baile terrible de la luna. Ahora, sus costumbres no han variado. Existe, como un centinela del cielo, atento a todo cuanto encierra una línea de armonía, o un gramo de luz.

Sus pecmas, veteados por el rocío de la ternura; sus ensayos, donde la inteligencia alza sus espadas, sus cuentos y sus pinturas de pequeño Henri Rousseau sin el sol de los domingos, guardan el hechizo de un ser que ha sabido mirar y sentir a la vida, con idéntica fuerza de amor y arrobamiento.

En la brega del pan es periodista. Y en la contienda con los puros fantasmas: colector de espectros de oro, como el espléndido Luis Calvo Mackenna, el médico que tenía un caracol marino adormido en su corazón.

¿Quién que no fuera Montaldo podría haberle biografiado con más entrañable ternura, con mayores posibilidades de eternidad? Porque para el que fué "médico de niños", oficio tan dramático y ardiente como el de "poeta de niños", sólo cabía la posibilidad del Bajorrelieve labrado por una mano en la que se aposentaran las tres ventajas que Caupolicán aúna: el niño, el poeta y el médico.

Caupolicán Montaldo es el que sigue, celoso, la navegación del primer barquito de papel soñado por su hijo. Es el poeta con las manos mordidas por la gracia. Y, por lo mismo: el médico de las muñecas inefables de su hija. Trinidad y unidad del milagro de este libro que debemos leer con los ojos de la infancia y la frente de la madurez, esto es clara y justicieramente.

Clara y justicieramente para la imponderable efigie de este hermoso Bajorrelieve y para el artífice que lo grabó, sangre a sangre, y lo hizo con la sonrisa agradecida que de todos los niños y todos los padres, recibiera Luis Calvo Mackenna, pastor de vastedades, en su tránsito terreno, como la única condecoración de su vivo evangelio de servicio social.

ANDRES SABELLA.



*Dr. Luis Calvo Mackenna*

*Los valores morales tendrán su primer rango en la ética venidera.*

JOSÉ INGENIEROS.

# *PALABRAS INICIALES*

*América creará sus libertadores.*

**BOLÍVAR.**

**Q**uienes escriben la historia de los pueblos se han encandilado siempre, o casi siempre, en hechos que tienen cierta musicalidad retumbante, y así nos cuentan con fruición los actos de bravura o resolución de los guerreros, o nos hablan con entusiasmo del enfático conductor de masas.

Sólo de vez en cuando, como quien tiene un pecado que confesar, se nombra a un escritor o a un científico cuyos méritos no es posible negar.

Por ello los pueblos levantan su admiración hacia los hombres de espada, o los políticos que prometieron mucho y fueron capaces de movilizar enormes muchedumbres tras sus palabras o sus promesas, que muchas veces fueron de relumbrón, y en un fondo totalmente egoísta.

Guerreros hubo, como Bolívar, en el plano general americano; Prat en las páginas de Chile, cuyas vidas son, si se quiere, más interesantes que sus hechos o el acto heroico que los llevó a la fama, y que fueron consecuencias lógicas de su manera de ser y de vivir. Y sin embargo la vida de estos dos gloriosos, ponemos como ejemplo, apenas es conocida por quienes hacen de la cultura y el conocimiento de los grandes de la historia, una religión íntima y personal.

Ahora bien, aquellos que desde su refugio, el laboratorio o el estudio, hicieron cosas grandes y definidas en bien de sus respectivas patrias y la humanidad, sencillamente no son conocidos. Son recordados por quienes tienen que buscar en sus obras la fuente de información necesaria para seguir adelante en una carrera u oficio intelectual. Y nada más. Sus nombres no salen a la divulgación pública, al conocimiento de los escolares, cuyo aprendizaje de la historia es convencional, al recuerdo de los que pretendiendo hacer patria no saben mostrar la obra de quienes forjaron realidades sin espectáculo pero con plena conciencia ciudadana, y que, como en el caso presente, es una obra que vale más, muchísimo más, que la de numerosos notables cuyos nombres perpetúanse en las calles de Santiago de Chile, y otros, pseudo—filántropos, que tras acuñar dinero a costa de dolores ajenos, a última hora, al hacer una donación material importante, creen tender un telón de vistosa decencia sobre el escenario que dejaron atrás.

A Luis Calvo Mackenna cabe situarlo entre los libertadores de la hora presente. Porque no sólo es libertador aquel que rompe con su espada la cadena de sumisión de un pueblo, sino también éste que con el afán de servir a la humanidad, va de los primeros y de frente a luchar por la salud pública de su país, para levantarlo del oscurantismo en que se mantenía encadenado; para estimular los sentimientos de amistad, tolerancia, optimismo, en un esfuerzo por la libertad del espíritu; para tomar la iniciativa en la solución de muchos problemas que afectaban y afectan todavía a la colectividad; para combatir los prejuicios sociales con la decisión y la fé de un convencido.

Libertador, sí. Y grande. Eso sí que sin golpes de efecto ni arrastre de multitudes. Con esfuerzo, con tenacidad. Y enfrentado a incompreensiones del momento, a enemigos que nunca faltarán a quien se destaque como grande, a envidias que desde la sombra tirarán sus lazos para hacer caer al que se levanta.

Tiene interés humano esta vida llena de claras y altas inquietudes.

Tiene interés informativo histórico, porque está ceñida a los acontecimientos iniciales de muchos movimientos que definieron épocas en la vida chilena.

Tiene la reciedumbre moral necesaria para que se la recuerde como ejemplo de chilenidad, que era la base del amor a la humanidad en que esta vida vibraba por cada una de sus manifestaciones, todas las cuales iban del ensueño a la realidad, del propósito a la acción, del proyecto a la confirmación tangible de ello.

Mañana, mirada desde más lejos su personalidad, se hará más grande todavía.





## LA TRAGEDIA HUMILDE

*Los hombres que aman al pueblo, sin decirselo, y que incesantemente trabajan por su bien, sin alardes, se asombrarán de oír que su obra es antipopular, y está caracterizada de aristocracia oculta.*

ROBESPIERRE.

**V**a el joven médico junto al hombre angustiado. El hombre angustiado viste pobremente. Su rostro flaco indica que la nutrición es poca, y la sombra que cruza por sus ojos es como el oscuro reflejo de su palidez. El médico lo mira, y va componiendo el cuadro de la miseria que va a encontrar.

Lo encuentra.

Entran a la casa humilde, la casa que no merecería el nombre de residencia, de espacio habitable. El barro de sus muros se ha caído a pedazos. Hoy telas sucias y trozos de madera remendando aquello para que el frío sea menos intenso. En el techo, sobre unos palos mal sostenidos, unos viejos latones separan el interior del aire libre. Sobre los latones habrá, seguramente, unas piedras pesadas, "tornillos" como irónicamente les llama el pueblo, para que no se muevan, en lo posible, las piezas del techo cuando el viento pasa.

El piso es tierra natural. Y además de la puerta estrecha, un ventanuco tapado con unas tiras grises es todo lo que da luz y aire a la pieza única.

En el centro una mesa pingosa sostiene unos cuantos cacharros sin lavar. Unos cajones son los asientos que cercan la mesa. Hay dos camas en un rincón. En la de más adentro un chico de cinco a seis años ago-

niza. Sentado junto a él, en la otra cama, lo mira una mujer. Su madre.

El hombre ha abierto la puerta e invita a entrar.

El médico que es joven, pulcramente vestido, y lleva un maletín nuevo y lustroso, no tibubea, sin embargo, en pasar la puerta. Son sus primeros pasos como hombre entendido en enfermedades de niños, cuya especialidad procura confirmar con observaciones y experiencia.

Entra, y tiene que detenerse un poco.

Falta luz y falta aire.

La noche ya ha llegado resueltamente. Cuando unos segundos más tarde ya empieza a definir lo que hay allí dentro, el hombre dueño de casa enciende una vela. Y entonces el médico ve al niño que respira con dificultad, y ve a la mujer que tiene, como el hombre, el rostro delgado y pálido. Los ojos de ella han llorado mucho. Ya no tienen lágrimas, pero suplican como sólo pueden suplicar aquellas madres que miran morir al hijo.

El médico la hace a un lado con suavidad, y toma su lugar. Saca un termómetro, lo coloca con cuidado bajo el brazo debilucho del niño que mira sin ver. Luego, siempre con una suavidad extrema, toma el pulso. Y sin quererlo mueve negativamente la cabeza. Allí es muy poco lo que se puede hacer.

Estalla un sollozo sordo tras él. Es el hombre que ha visto su gesto, y que se da cuenta que no hay esperanzas para su niño. No ha podido soportar más. Los sollozos tienen un tono de rugido doloroso. Es que vienen de adentro, de los más íntimo, de lo más profundo de su ternura viril y su sinceridad de hombre. La mujer a su lado quiere llorar y no puede. Busca instintivamente su apoyo. Le tiemblan las piernas. Se estre-

mece entera en calosfríos de temor y de angustia.

El médico acerca la luz, y mira detenidamente el rostro del chiquitín. Le toma la barbilla y a la fuerza le abre la boca. Le levanta, en seguida, los párpados. Y esos ojos negros y brillantes del enfebrecido, parecen dilatarse en gestos violentos y asombrados.

Saca el termómetro. Y la cifra le da la pauta precisa. No hay ya nada que esperar. El pulso anormal lo confirma. En todo caso echa hacia atrás las sucias cobijas del lecho, y queda a la vista el cuerpecillo magro del infante, que una camisa remendada no alcanza a cubrir. Está lleno de manchas y de polvo hecho costras por falta de higiene.

De todas maneras hay que aliviar en lo posible aquella agonía.

Se vuelve el médico hacia la mujer, que en esos instantes parece más fuerte que el hombre, y le solicita un poco de agua.

—¿Agua pura?

Hay un gesto de curiosidad y sorpresa en la pregunta.

Y cuando el médico afirma, ella vuelve a preguntar:

—¿Agüita sola, señor?

Sólo entonces obedece. Va a tomar un pequeño jarro de fierro enlozado para ir a buscar agua a alguna parte, quizás donde, porque se conoce que es muy escaso en el lugar este elemento primordial. Pero el médico la detiene. Quiere saber primero qué es lo que le están dando al enfermo. Y quién ha recetado.

Ha sido la **meica**. Hablan los dos. El hombre ha dejado de llorar un momento para explicar. Y la mujer se turba un poco, queriendo disculparse.

La meica tuvo a su cargo la mejoría del chico que un día amaneció con fiebre, y deliraba. Veía visiones de diablos negros y rojos, unos caballos que lo aplastaban, un policía que lo amenazaba con unas armas terribles. El niño gritaba todo esto, quería defenderse, huir. La meica diagnosticó que el chico tenía **daño impuesto**. Y había que obrar.

Allí estaba el remedio. El médico toma el cacharro donde está el líquido que le dan de beber al niño, mientras—es lo que aquella gente acepta—la bruja sigue desde su cubil investigando con sus poderes sobrenaturales, quien es la persona que desde lejos forja el daño.

Es tan violento el mal olor que expide el jarro, que el médico hace un gesto de asco, se levanta indignado, y por el ventanuco, desgarrando la cortinilla, vuelca hacia el exterior el contenido.

La mujer sale apresuradamente a buscar agua, y a ocultar un poco su vergüenza. El hombre ha quedado inmóvil en medio de la habitación. . .

El niño bebe el agua a pequeños sorbos deleitosos. Parece revivir. Sus ojos se iluminan en breves ráfagas, y las manecitas descarnadas pretenden hacer un gesto instintivo y cordial.

Entonces el médico espera. Sabe que no hay remedio. La naturaleza del chico ya no tiene defensas. Es el caso repetido mil veces, miles de veces: cuando la meica y sus medicamentos espantosos y sucios han agotado sus medios, la gente se acuerda del doctor. Y van a buscar a quien por medio de la ciencia y el estudio, puede posiblemente mejorar al enfermo. El enfermo, que como esta vez, ya no puede reaccionar.

Se queda el médico unos largos minutos observando.

Es el cuadro local — la visión exacta de un cuadro nacional. De un hecho que se siente y se vive todos los días, y a toda hora, en todas las latitudes de Chile, de América misma: el pueblo lleno de supersticiones, de primitivismo, a lo cual se une la escasa nutrición, la vivienda, la incomprensión, el mal abrigo, la miseria, la ignorancia, la condición social que pesa como una fatalidad.

El chico pretende decir algo. Un sonido inarticulado sale de su boca. Y el enfermero, este enfermero culto, elegante, de finas maneras, que le cuida ahora, en los momentos de su agonía, se inclina otra vez ante él, y le da nuevamente de beber agua, agua pura, agua sola, natural.

Luego se levanta. Coge su maletín que no ha tenido necesidad de abrir. Le ofrece su mano en señal de despedida a la mujer. Dice palabras de consuelo. Ella, entonces, comprende, y cae de rodillas, en silencio, rezando.

El hombre con honrado ánimo pregunta:

—¿Cuánto, doctor?

El visitante sonrío. Señalando al niño desvía la respuesta:

—Mientras viva, siga dándole unas cucharaditas de agua.

Junto con estas palabras le introduce la mano en el bolsillo del vestón, para dejarle unos billetes con que aliviar tanta miseria material, observándole:

—No pasará la noche.

Al hombre se le caen los brazos e inclina la cabe-

za, dolorido. Quiere excusarse. Y habla atolondradamente de lo que hizo. Ha llevado su niño a la meica, como lo hacían sus padres con él, como ve hacerlo a todos sus vecinos y conocidos. El es pobre, trabaja mal. Comen poco en ese hogar que se deshace. No puede seguir hablando porque la voz se le estrangula en la garganta. El gesto del médico dejándole dinero, en vez de llevarle los últimos pesos que le había proporcionado la casa de préstamos por sus herramientas, le emociona de verdad.

Pero el médico ya se va.

Sus últimas palabras son como un consuelo que el hombre, hijo del pueblo, comprende en el fondo, pero no entiende bien:

—Usted, amigo, no tiene la culpa.

Y se pierde en la calle llena de sombras, la calle oscura donde, lo mismo que en la condición humana de aquellas gentes, falta la luz, la orientación. Y los pasos, dados en falso, hacen caer o dudar.

Lo mismo, sí, lo mismo.



# LA CASA

*...y te diré quien eres.*



**T**ras de los grandes árboles amables de la Avenida República, entramos un día a su casa.

En la puerta la placa profesional lleva su nombre: Dr. Luis Calvo Mackenna.

Más abajo indica las horas de consulta.

El interior de la casa mantiene todavía, y a pesar del tiempo, el mismo clima que le entregara cordialmente el hombre que hiciera su carrera en el más bello apostolado de una existencia: médico de niños, auscultador de pequeños corazones infantiles, luchador incansable en su favor, para entregar al porvenir de Chile ciudadanos sanos, dignos y capaces.

Aquí vive el Doctor Calvo Mackenna. No se puede decir que vivió, que se fué para no volver a escuchar sus pasos en el jardín, junto a la puerta, sobre la escalera que supo siempre de afectuosos gestos de saludo. Aquí vive porque perdura su espíritu en todas estas cosas bellas que sus manos trajeran desde diversas partes del mundo, para regalo de los ojos y del alma. Aquí vive porque su estudio lo está esperando, con su ropa de trabajo lista, con sus instrumentos, con la disposición que dejó ayer, cuando salió de esta casa como nunca había salido: con los ojos cerrados y aliviado de todas las inquietudes materiales.

Vive el estudioso frente a este libro que quedó abierto, donde leyeron sus ojos por última vez una indicación científica. Y vive en los detalles y proyectos que ocuparon su mente, quien hiciera de su casa un íntimo reino amable y luminoso.

Miramos y volvemos a mirar.

¡Cuánta pasión por el arte y la belleza! Cómo a través de estos cuadros, de estos mármoles de Carrara, de estos viejos grabados llenos de nobleza, algo nos está diciendo con sutil presencia que un hombre superior los colocó allí, para traducir con ellos el permanente estado de su espíritu refinado y justo.

Europa y América le habían mostrado todos sus tesoros y sus paisajes. Abrevó en los manantiales de las viejas culturas del otro lado del océano, miró con curiosidad y sintió, experimentado esteta, los goces y los dolores de todas las perspectivas del nuevo mundo. Junto con el reconocimiento y las lecciones que diera y recibiera para ampliar sus horizontes médicos, buscó con amor puro la impresión de las obras de arte en todas partes donde su inquietud lo llevara.

Por eso dijera un día: "Lo poco bueno que puedo yo tener me viene de la sangre inglesa". Se refería a su afán científico. Y otra vez expresara un deseo lejano: "Me gustaría vivir los últimos días de mi existencia en Florencia".

Allí estaban el investigador y el artista en equilibrio perfecto y total.

¡Cuántas veces atravesando el Ponte Vecchio en la hermosa ciudad italiana, sintió que una marea de romance, de tradición, de historia, lo envolvía!

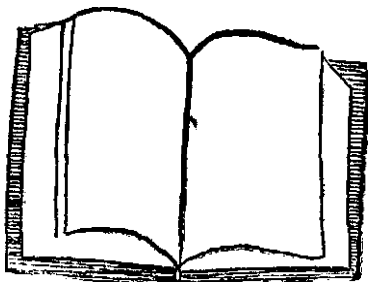
¡Cuántas veces frente al Moisés de Miguel Angel admiró el genio creador. Y en la calleja cuyas piedras

lamieron los siglos, miró pasar, enamorado, doloroso y silencioso, el perfil del poeta que sólo de lejos se atrevió a mirar la dulce gracia de Beatriz!

Pero volvamos a sentirlo aquí. En su casa, en su estudio, donde miles de niños se encontraron con su sonrisa amiga y sus manos, que tactando los débiles cuerpos enfermos buscaban el mal y lo arrojaban lejos, o esos serenos ojos que miraban tras los claros lentes, y que leyendo los signos invisibles para el profano, no perdieron nunca la fé. Salvar la vida de un niño es entregar un ciudadano al país. ¿Y quién puede predecir las posibilidades que un hombre lleva para su propio bien y el progreso de la colectividad?

En esta casa que conoció su labor más íntima, y sus ocupaciones desde muchos años antes de irse para no regresar, está toda la expresión grande y tranquila que tuvo en su vida Luis Calvo Mackenna.

Esta casa conoció los más recios latidos de su corazón, porque la casa se hizo parte de sus ensueños de hombre, y cuando la puerta se abre, las cosas familiares se regocijan, creyendo que van a encontrar su mirada clara, aquella que gustaba detenerse en los motivos de arte, aquella que no quiso despedirse del último amigo que conversó serenamente con él: ese libro abierto que todavía espera.



# LOS HIJOS DE NADIE

*Nadie elige sus padres, su religión  
ni su raza.*

JACINTO BENAVENTE.

*Si antes se hiciera justicia, lo que  
se llama caridad sería imposible.*

“El Erial”

CONSTANCIO VIGIL.

**L**a vieja Inclusa española, aquella que sirvió de tema o base en tantas novelas y novelones de fin de siglo, aquella Inclusa que recibía a los niños por medio del torno, y que años después echaba esos mismos niños a la vida con el estigma de ser los hijos de la Inclusa, que no conocían padre ni madre, que no sabían qué drama, o conveniencia social, o prejuicio infame les había puesto en ese camino, esa vieja institución española con toda su urdimbre de anonimatos, complejos espirituales y recelos, tenía su filial en Chile.

Venía desde los viejos tiempos coloniales haciendo su labor, su labor que tenía un espíritu humano, discutible sí, y en todo caso menos que su forma. Discutible porque los tiempos habían cambiado de puertas afuera de la Casa de Huérfanos, cuyo nombre era, y otro sentido social despertaba en el mundo, en la vida individual y colectiva; sentimientos que avanzaban con la nueva concepción de las cosas; sensaciones identificadas con un tono de verdad, de justicia, de igualdad, de humanidad, en fin.

La caridad en su forma de compasión ha sido descartada por una actitud más noble: el servicio social. Aquella humilla, deja en quien la recibe un sabor do-

loroso, de incapacidad, de pequeñez, de derrota; ésto conforma, eleva, dignifica, busca servir sin dejar cicatriz; todos pueden ir hacia él sin que nadie se sienta mal. Es un nuevo espíritu revolucionario para quien piense desde la altura de su posición económica, que sirve al prójimo el dejar caer una moneda sobrante.

La Inclusa, o sea la Casa de Huérfanos, en Santiago de Chile, hacía girar su oscuro torno varias veces al día para recibir el pequeño bulto de una criatura más que había llegado al mundo para ser un estorbo de sus padres, cuya actuación dentro de determinados ambientes, o cuya moral hipócrita, iba a estropearse con un hijo.

El tiempo corría puertas afuera de la Casa de Huérfanos con el afán que tiene la vida moderna. Pero en el interior de ella ni la vida ni el tiempo se habían movido. Eran las costumbres de otra época las que allí subsistían. Se había creado una forma, y esa forma era inamovible, precisa, insustituible.

Como en otros años lejanos un molde religioso sujetaba todas las acciones de monjas, empleados, médicos e interesados. Llamar interesados a los niños del torno es mucho imaginar y poco decir.

Los hijos de nadie eran los hijos de Dios. El concepto de igualdad venía de arriba. Las religiosas constreñidas a sus creencias, al mandato recibido, al deseo de captar almas para el cielo formando las almas de estos niños, obraban sinceramente, por lo demás. Ellas, las religiosas, las monjitas de los hospitales, de los sanatorios, de los hospicios, tenían también su campo de acción en la Casa de Huérfanos. Y este campo de acción estaba reglamentado, definido, limitado estricta-

mente. Ellas en el nombre de Dios cuidaban y dirigían las vidas que les entregaban. Eran madres, celadoras, maestras y médicos del cuerpo y el alma. Tenían toda la autoridad sobre las vidas infantiles a su cargo.

El niño que entraba al orfanatorio pasaba a ocupar un canasto a ras del suelo. Era su lecho. Allí viviría si Dios lo quería, o allí moría sin mayores esfuerzos que su llanto sin consuelo.

El médico llegaba algunas veces por semana a visitar a los asilados. Muchas veces el médico no se sacó los guantes que abrigan sus manos en las mañanas de invierno, para hacer su visita.

En las grandes cuadras varias docenas de canastos esperaban al científico, que los miraba de lejos, preguntaba qué tenían los niños ocupantes, si había fiebre, manchas, espasmos en cada uno de aquellos cuerpecillos entumecidos. Y en seguida recetaba.

Al pasar el médico se comprobaba que muchos ocupantes de los canastos habían muerto. Posiblemente la tarde o la noche anterior, o en esos instantes, si el cuerpo estaba todavía caliente. Así la situación se aclaraba: enterrarlos. Si tenían fiebre o su llanto indicaba molestias internas, había que darles el remedio indicado en la receta.

El médico pasaba revista ocular, sin tocar a nadie, y luego se marchaba complacido de sus funciones.

Las recetas pasaban entonces a la censura de la madre superiora, quien tenía autoridad para cambiarlas, opinar que debía dar más de esto que del otro medicamento, o, sencillamente, no darlas, por considerar con su experiencia que el médico se equivocaba.

Pero, he aquí que un día llega un nuevo jefe a los servicios de la Casa de Huérfanos. Es un jefe técnico, un médico que conoce su oficio, porque es médico de infantes, un médico que tiene la desenvoltura de desnudar a los niños para examinarlos. Y los examina con los dedos, con el oído, con los ojos, con todo su afán de especialista. Ausculta, reclama, pregunta, hace abrir la boca a los enfermos para mirarles la garganta, coloca él mismo el termómetro, les levanta los párpados, y cuando los niños lloran amedrentados por tanta curiosidad, les dice palabras suaves, les acaricia, los engaña un poco para que se dejen examinar.

Y después receta.

La receta no se alterará. Lo que él dice debe hacerse.

Todo esto tiene caracteres de catástrofe en la Casa de Huérfanos. Se vienen abajo las costumbres cuya edad ya nadie recuerda. Las costumbres son leyes al parecer inmutables. ¿Quién antes se atrevió contra ellas?

Nadie. Pero este médico que trae autoridad superior, no sólo hace aquello, sino que bajo sus órdenes las cuadras se llenan de luz y de aire renovado. Luz y ventilación significan alegría, significan vida nueva. Los pequeños cuerpos ya no viven en canastos sino en cunas, reciben gozosamente el beso de la luz y el suave roce de las manos del aire.

La Casa de Huérfanos ya no se llama así, desde que este médico revolucionario tomó el puente de mando de este barco que estaba anclado entre prejuicios y estigmas. Se llama ahora la Casa Nacional del Niño. Y el torno que tenía el alma negra de los encubridores,



ya no tamará más pecados ni vergüenzas de amor.  
Ya no hay hijos de nadie.

En vez de esto surge el lema claro y definido:  
"EN ESTA CASA SE DEFIENDEN LOS DERECHOS  
DEL NIÑO".



*LA CASA NACIONAL DEL NIÑO*

**D**ijimos que este médico traía una autoridad superior para destacar en el orden interno de la Casa Nacional del Niño.

Pero su mayor autoridad estaba en el conocimiento profundo de sus actos en favor de aquellos niños. Era ante todo, y sobre todo allí, el médico pediatra. El que había estudiado y analizado cada cosa y cada estudio dentro de su especialización, con un espíritu en el cual brillaba el signo de un real apostolado.

En la institución donde entraba a actuar, afrontó valientemente el problema infantil en sus dos aspectos: el aspecto médico y el aspecto social.

Para empezar, los niños huérfanos que llegaron al umbral del establecimiento entraron por la puerta.

Estaba abolido el ignominioso torno para siempre.

Cada niño que llegaba venía de un destino aclarado por las visitadoras sociales, que entraron a trabajar bajo las órdenes del Doctor Calvo Mackenna, influenciadas grandemente en el sentido profundamente humano de la labor que estaba empezando a realizarse.

Una visitadora social es una mujer culta, comprensiva, y tiene que entrar a conocer diversas gamas de la vida en las distintas clases sociales, que agudizarán sus sentimientos y le ayudarán en el ánimo de servir. La

labor de una buena visitadora social no cabe en un arancel. Puede ir más allá de lo que las apariencias favorables dicten para ellas. Y debe callar.

Cada niño tiene una madre que no podrá negar. Si el padre lo niega, ella deberá afrontar la defensa de su hijo. Si no lo puede defender por causas económicas, o tantas otras que la vida da, podrá dejarlo en esta Casa del Niño, pero no como una cosa olvidada, como una simple cosa sin cariño. Es su niño, es su hijo, y un hilo visible o invisible lo sujetará para siempre a su nombre, a sus esperanzas, a su amor.

Fué cambiando así totalmente la fisonomía directiva del establecimiento santiaguino. No era ya la filial de la Inclusa. Era ahora su sentido esencialmente técnico médico-social. Se reformó la estructura general, haciéndose más moderna, cerca de la realidad, aspirando el anhelo de los tiempos que corren, y que ya no se detienen en la puerta. Entran, agitan, cambian.

Hubo enfermeras junto a las cunas de los infantes que deliraban o lloraban de dolor; enfermeras que conocían también su maternal oficio en este caso.

Se creó una labor y un control médico bien definidos.

Se habló por primera vez entre estos muros, de dietética para los niños. Alimentarlos adecuadamente, en otras palabras.

Se estableció un consultorio infantil, se crearon baños, se tomaron medidas de sanidad trascendentales, y con el Doctor Ariztía, otro médico de intensa pasión por su carrera, se fundó una Gota de Leche.

Esto, todo esto, para los niños que llegaban, o sea los más pequeñitos, los más necesitados de atenciones especiales.

Los otros, los que iban creciendo, los que ya podían valerse por sí mismos en muchos de sus actos, iban a encontrar, también, otro destino.

En junio de 1929 el doctor Calvo Mackenna, teniendo a su lado al doctor Mattar, recién egresado de sus estudios médicos, y hombre con amplia disposición de espíritu por estas cosas que resultaban una novedad en el ambiente, creó el Servicio de Colocación Familiar.

El niño sale del Asilo, y va a vivir, pensionado por la Casa, a un hogar. Será un hogar de sanas costumbres, de gente que pueda ofrecer al afuerino un ambiente propiamente hogareño. Se trata en esta forma de hacer entrar al niño a la sociedad que forman los hombres de trabajo; se trata de diluir su vida en la vida cotidiana y normal.

¿Cuál es en el fondo este propósito?

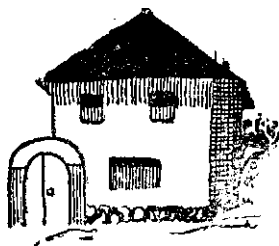
Tandler, el famoso médico vienés, maestro de maestros en pediatría y medicina social, aprovechó una revolución en su país que dejó deshabitados los castillos nobiliarios de Viena y sus alrededores, para fundar hogares en ellos, y colocar un enorme número de huérfanos en aquellos hogares.

Calvo Mackenna aprovechó esa experiencia para crear en Chile este servicio nuevo, este servicio que ofrece al niño la oportunidad de ir adaptándose a la vida familiar, de no tener que sentirse de repente un extraño en medio de la colectividad en que actúa, de no tener que enfrentarlo a una total desorientación cuando sea ya un muchacho, y su vocación natural o su destino vaya inclinando la balanza de su existencia.

El ciudadano tiene que poseer una base moral en que apoyarse para llegar a ser un hombre útil. Un mu-

chacho que arrastre su complejo de sentirse inferior a los otros porque no conoce a sus progenitores, es hombre perdido. Necesitará una gran dosis de serenidad para sobreponerse a todo aquello que le va a parecer una burla o una indirecta. Sin querer llevará una carga espiritual que va a enredar sus pasos por todos los caminos.

Estas son, a grandes rasgos, las obras renovadoras de Calvo Mackenna en la Casa Nacional del Niño, donde cientos de corazones infantiles chilenos todos los años sueñan, juegan y cantan, confiadamente, claramente. En esa Casa donde la muerte se enseñoreaba todos los días, pero donde la luz y el aire llegaron con el espíritu nuevo que derrotó los dolores, este espíritu que venció y seguirá venciendo porque nadie como él "realizó una labor inmensa, una labor magnífica, adelantada a su época, no sólo en Chile sino en América"



## LAS PRIMERAS LABORES

*La grandeza tiene raíces en el carácter: el que en realidad ayuda a un ser viviente tiene más derecho a que se le considere grande que el "inmortal" que hierre y destruye a millones.*

*...La grandeza puede ser mayor o menor. La medida quizás sea el número de personas a quienes se beneficia. Lo que no beneficia sino a quien lo posee, puede ser habilidad o genio, pero no grandeza, porque ésta tiene por base la nobleza.*

CHANING POLLOCK.

**R**ealizó una labor inmensa, una labor magnífica adelantada a su época, no sólo en Chile sino en la América. No tuvo tiempo para tomar parte en disausiones, a menudo estériles. Sólo actuó en forma constructiva y de una manera magnífica. Sin exageración, podemos considerarlo una de las grandes figuras médico-sociales en el continente americano".

Quien indica esto tiene autoridad para decirlo: es el doctor Alejandro Garretón, quien conoció de cerca a su colega y amigo, asistiéndolo también en sus últimos minutos. El Dr. Garretón publicó en 1938 un pequeño e interesante folleto titulado "Tres ensayos", dentro de los cuales se encuentra "Un hombre y una obra múltiple: Luis Calvo Mackenna".

A continuación de aquellas palabras el Dr. Garretón sintetiza en pocas líneas el espíritu cívico de su amigo: "Comprendió todo lo que significaba para la Nación y en especial para el futuro, que el niño, especialmente el privado de la fortuna, crezca bien, desarrolle su organismo y su espíritu en una forma sana y completa, que las enfermedades no le alcancen, que las resista, que triunfe sobre ellas".

Esa era su grandeza.

Ese era su afán de superación constante.



El no tuvo hijos, su hogar no conoció el llanto o el grito gozoso de un hijo suyo. Pero todos los niños de Chile eran sus hijos. Los amó en la realidad cristiana más absoluta y humana: dejad que los infantes se me acerquen.

Y más allá de Chile su obra hizo respetar su nombre como a un maestro o opóstol de una nueva estirpe espiritual. La Academia Nacional de Medicina de Madrid, salvando distancias geográficas, pero acercándose en la hermandad superior de la ciencia, lo nombra Académico Corresponsal extranjero "por su relevante personalidad científica y sus obras y aportaciones a las ciencias médicas".

Y esta nos obliga a trazar el plano biográfico del médico.

Luis, el último de trece hijos que quedaron sin padre y en precaria situación económica, tuvo como director, como reemplazante de su padre en sus años de niño y mozo, a su hermano mayor Manuel. (\*)

Manuel era médico, y el afán fraternal del mayor hacia el menor debe haber influido en la preparación moral de Luis. El también sería médico. Tendría así ocasión de hacer el bien por el bien, de crearse amigos, de encontrar una situación honorable en la lucha por la vida, de enseñar una ética profesional que no siempre se encontraba clara.

Junto a su madre Manuel Calvo alcanza un tono que tiene contornos heroicos. Y en el vértice de esa for-

(\*) Dr. Manuel Calvo Mackenna. —Se graduó en 1892. Desempeñó diversos cargos médicos de importancia, en los cuales se distinguió por su laboriosidad y preparación. Fué miembro activo de la Sociedad Médica de Santiago. Falleció en Santiago en 1927.

(El Cuerpo Médico en Chile, por Henne Maffet. 1939).

ma está el hermano menor, buscando en él la protección, la fe, el ejemplo y la perseverancia.

Ella, mujer infatigable—noble sangre de Irlanda— tenía un gran carácter, y no permitía a sus hijos otro descanso que no fueran las sagradas horas del sueño. Bajo su tuición — Luis la recordaba sonriendo — en aquella casa se estudiaba o se trabajaba. Por eso ninguno de aquellos hermanos conocieron los deleitosos ocios infantiles.

En el vértice de estas formas familiares está el menor, encauzado y protegido por el afecto especial de dos seres tan amados y tan dignos.

Todo aquello que lo rodeaba — la perseverancia, la dignidad, la fé — cabía bien en la formación del niño, porque en él existía ya otra fuerza en potencia; una característica básica de su espíritu: su conciencia, aquello que no le permitía a sí mismo obrar sino en forma recta.

El estudiante había pasado de un colegio particular al Instituto Nacional, donde, previo examen de madurez, quedara entre los alumnos de un determinado curso.

No estaba mal el alumno en aquel curso. Ni profesores ni compañeros habían notado indecisión alguna en las lecciones o las respuestas. Pero íntimamente el estudiante tenía conciencia que se hacía un daño, y ante el asombro del propio rector del colegio, pedía, al poco tiempo, ser rebajado de curso!

No es conocido otro caso, pues las solicitudes de cambios de curso son siempre hacia uno de plano más adelantado, donde los muchachos, si logran pasar, lo hacen con grandes esfuerzos, que representan, al final, un fastidio hacia el estudio y un sentido negativo general por la fatiga sufrida.

Pero Luis, con su honradez de espíritu, afrontó los hechos que exteriormente parecían dañarle. Los afrontó solo, demostrando así que sabía buscar su camino. Y el resultado final le dió ampliamente la razón. No hubo otro estudiante en el Instituto Nacional, primero, ni en la Escuela de Medicina, más tarde, que aprovechara mejor sus esfuerzos en busca del conocimiento que le entregaban sus maestros, sus libros y sus propias observaciones.

Hasta que una mañana del año 1907, rubricado con la firma de otro gran chileno, don Valentín Letelier, Luis obtiene su diploma de médico.

Garretón en su ensayo comenta: "Su tesis de doctorado, realizada bajo la dirección de Sierra, trata de un nuevo método de anestesia general. **La supresión del dolor aparece como un símbolo de lo que será su vida**".

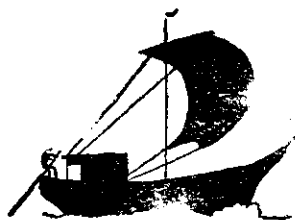
Antes de conocer el interesante ensayo a que aludimos, otros médicos que fueron alumnos de Calvo, nos habían dicho lo mismo. Como un noble augurio de su carrera, como una estrella orientadora de sus actos, aquella tesis, bien estudiada, bien presentada, entró en su vida profesional haciéndose carne y objetivo, pensamiento y labor.

Luis ya es médico. La moral de su hermano es el fundamento de su moral. Las lecciones del doctor Roberto del Río son el fundamento en que se levanta su especialización: enfermedades de niños.

Toma justo renombre en esta rama de la medicina, y la razón de este renombre no es difícil de explicar: observa, estudia siempre, analiza, capta concepciones precisas y nuevas, busca causas y efectos, no se detiene jamás para creer que ha llegado.

Y pasa por todos los cargos universitarios aprendiendo y enseñando, enseñando con entusiasmo, con pasión. Está abriendo con su palabra, con sus lecciones, un mundo nuevo, un mundo casi inexplorado en la medicina de ayer no más: la pediatría. Trabaja en sus lecciones como un artífice en sus labores más delicadas. Y es porque sabe que en el futuro son las madres y los niños de Chile los que recibirán el producto de esas lecciones. Aquellos que lo escuchan se empapan en su espíritu, y serán mañana los que logren triunfar definitivamente. Para llegar a este triunfo les entrega las observaciones de sus conocimientos técnicos. Busca. Y encuentra. La **Enfermedad de Calvo** y el **Signo de Calvo** pasarán a la literatura médica haciendo permanente su nombre. Y el **Manual de Terapéutica Infantil** liga su labor en forma precisa a la historia clínica correspondiente.

En 1912 acompañado de su esposa— aquella misma niña que compartiera sus juegos en la infancia— viaja Calvo Mackenna a Europa. Su punto de llegada es Lyon, en Francia, en la clínica de Jaricot. Y ella, su inseparable compañera, estudia también la organización de las gotas de leche, puericultura y otros ramos complementarios, que han de servirle para ir adentrándose en el conocimiento de la atención de los niños, o sea buscar en esos conocimientos el modo de colaborar con su esposo directamente en las tareas que vendrán.



# LA GUERRA SANTA

*...glorioso día luce ya!*

ROUGET DE L'ISLE

**E**n 1901 se crearon en Santiago los Dispensarios de Alimentación.

Una epidemia había hecho profundos estragos en la población santiaguina, sobre todo en los barrios populares, llevando el hambre, como consecuencia de ello, a muchísimos hogares.

El Intendente de la Provincia, don Enrique Cousiño, dispuso la creación de aquellos dispensarios, cuyo propósito fué, en un principio, tal como lo decía su nombre: de alimentación. Se trataba en ellos de amortiguar las necesidades que provocara el flagelo de la peste, azote que llevándose a un sinnúmero de jefes de familia, dejaba sus hogares en la miseria.

Pasó la epidemia, pero las necesidades no pasaron.

Las condiciones sanitarias de Santiago, por lo demás, la pésima habitación popular, la falta de medidas preventivas en general, tomaban la avanzada. No hacía falta epidemias definidas y violentas, todo aquello contribuía a la mortalidad infantil, sobre todo. Con ello la miseria. Y los Dispensarios hubieron de seguir dando su protección a través de unos cuantos años. No había cómo liquidarlos, y si se podían mantener en el propósito inicial, necesario era seguir adelante.

Fué en 1908 cuando Luis Calvo Mackenna llegó a

los Dispensarios de Alimentación para tomar desde ellos su primer contacto con la dolorosa realidad chilena de ese tiempo. Se impone de su funcionamiento, de su órbita o alcance social, pregunta, indaga, examina, y eleva ante la directiva de esta institución sus proyectos en un informe que es un chorro de luz orientadora.

El joven médico controla y reorganiza, forma estadísticas y toma nota de cosas y casos interesantes. De buena o mala gana han de seguirlo los superiores y los subordinados. Hay en este hombre una convicción tan grande que nadie puede negarse a sus solicitudes o indicaciones. Dentro de la fineza de sus maneras hay cierta audacia en la claridad y franqueza con que expone sus pensamientos ejecutivos. Quizás al principio choque en algunos este reorganizador que habla con énfasis de la necesidad de salvar a los niños, a los pobres hijos de la gente del pueblo. Pero nadie se atreve a combatirlo de frente porque se siente que hay en él una sinceridad profunda, y su deseo es, en el fondo, el deseo que estaba durmiendo dentro del más puro espíritu cívico que el hombre pueda sentir.

Son las primeras armas, los primeros combates del cruzado que hay en el nuevo médico. No pide para él, pide para los otros, pide para la población infantil que lucha desesperadamente sobre los índices de natalidad y mortalidad. Chile tiene en el mundo blanco la más alta cuota de muertes de niños menores de un año. Es una vergüenza colectiva que habrá de borrarse a costa de muchos esfuerzos, de muchos dolores, de muchísimas incomprendiones: la incomprensión pública, la incomprensión de los políticos, el desdén de los de arriba, la despreocupación o aceptación fatalista de los de abajo.

Luis Calvo se hace oír. No son los poderes públicos los que le oyen. Los hombres de estado toman el asunto superficialmente: hay que mejorar la raza, proteger a la raza, pero no tienen tiempo de conocer que existe el problema infantil que es básico para la cultura, la defensa, el adelanto y la capacidad futura de la raza. Los que le oyen son benefactores particulares, gente poseída de buen espíritu, y que pueden ofrecer algún dinero sin esperar que las monedas caigan sobre una piedra para que suenen bien, o que mañana recibirán retribución en alguna forma por ciertas donaciones.

Así se forma en 1912, tras los Dispensarios, la primera Gota de Leche en Santiago de Chile.

Era el primer triunfo en la guerra santa que se estaba iniciando.





*UN POCO DE HISTORIA*

**E**n la memoria del Patronato de la Infancia, presentada por el Directorio de la institución, a sus socios, y que corresponde a la exposición

de la labor desarrollada en los años 1913-14, encontramos entre los ejecutivos de la corporación dos nombres que iban ya ligados, entre otros, a la historia del Patronato, mejor dicho a la historia de la protección de la infancia en Chile: Luis Calvo Mackenna y Julia Eyzaguirre de Calvo.

La memoria da cuenta que se entregaron definitivamente al servicio público dos Gotas de Leche, denominadas "Lorenzo Fuenzalida" y "Manuel de Salas", ubicadas ambas en barrios populosos de Santiago, la primera en la calle Andes, cerca de Matucana, y la otra en Antonio Varas 44.

"Abrigábamos la esperanza, continúa el informe, de que al terminar el año 1913 se habría logrado transformar todos los antiguos Dispensarios de Alimentación en los nuevos servicios de Gota de Leche, haciendo llegar a ocho el número de estos".

Aquellos ocho establecimientos son hoy día catorce.

Don Ismael Valdés Valdés, apostólica figura en esa guerra santa que lentamente a principios del siglo iniciara el Patronato de la Infancia, y que impulsara más

tarde definitiva y claramente la mente y las manos de Luis Calvo Mackenna, en un acto efectuado en 1913 dice, refiriéndose a aquellos establecimientos y su principal gestor:

“Tan ligero se ha dado cuenta el pueblo de la utilidad de estos servicios, que todas las Gotas funcionan hoy con el máximun de niños que puedan atender, pero antes de aumentar el número de establecimientos debemos consolidar lo que existe, perfeccionando en lo posible los procedimientos que en todos ellos se emplean, en la forma que en un momento más nos va a indicar, como resultado de su experiencia, nuestro incansable colega el doctor Luis Calvo Mackenna, a quien tanto debe nuestra institución”.

El aludido toma la palabra. Tiene giros felices para dirigirse a quienes le oyen, y que forman parte de la comisión femenina que asesora la labor de los dirigentes del Patronato. Habla con emoción en su tema favorito, pinta cuadros tristes y humanos, explica y solicita por todo aquello la cooperación de ellas, que le escuchan, atienden y aceptan.

De la conferencia dada por el médico tomamos estos párrafos objetivos, como una información histórica, de interés siempre actual. Ellos hablan de los primeros pasos dados en el mundo por los médicos en favor de la humanidad infantil:

“Budin, el célebre profesor Budin de la Facultad de París, cuyo nombre debiera estar grabado en caracteres de oro en cada servicio de protección a la infancia, dotado como fué, de un gran espíritu de filantropía y de facultades creadoras no menos grandes, tuvo la hermosa idea de procurar vigilancia médica al desarrollo de los innumerables niños que veía nacer en sus materni-

dades, de esos pequeños y delicados organismos que apenas transcurridas dos semanas desde su llegada al mundo, eran perdidos de vista para siempre, mientras en sus hogares miserables — cuando sus madres poseían un hogar— eran las víctimas inocentes de una educación que sus progenitores no recibieron y de una fortuna que nos le sonrió jamás.

Tal es el origen de los “consultorios para lactantes”, servicios que Budin anexó a sus maternidades, a los cuales concurrían periódicamente las madres en ellas asistidas, para recoger de boca del personal los más elementales preceptos de higiene infantil, para someter a sus pequeñuelos a un examen médico riguroso — aún cuando estuvieran en estado de salud— para conocer en cada uno de ellos la curva de su peso, y deducir de allí las prescripciones que pudiera requerir el régimen alimenticio empleado, o el conjunto de condiciones que rodeaban su crecimiento.

Budin puso en práctica tan noble idea en el año 1892.

Los enormes beneficios que ella habría de acarrear se dejaron sentir en breve plazo”.

Pero algunas madres no querían aprender, o no concurrían por situaciones económicas, físicas o familiares.

“La práctica vino a enseñar, además, que con relativa frecuencia la miseria no satisfecha con rodear en forma inexorable a esas madres desgraciadas, las impregnaba hasta el extremo de aniquilar sus senos y de privar a sus pequeñuelos en absoluto o casi en absoluto, de los irremplazables beneficios de la lactancia materna.

Mientras tanto un serio obstáculo aparecía como un coloso en los consultorios de lactantes de Budin. Había surgido en el norte de Francia, en el balneario de Fecamps, un gran obrero de la causa de los niños pobres, un gran espíritu creador, el cual adelantándose a todo el progreso de entonces, y solucionando con previsión maravillosa esta gravísima dificultad, había fundado un servicio de protección a la infancia, que tenía por objeto principal completar la ración alimenticia, que el seno materno era incapaz de satisfacer, mediante la administración de frascos de leche, perfectamente esterilizados, y en cantidad indispensable a las necesidades de cada caso.

El nombre de Dufour la puericultura lo coloca, y lo colocará siempre, a la cabeza de la ya larga lista de ilustres filántropos que a ella han dado forma.

La semilla que Dufour sembrara en Normandía— y que bautizó con el pintoresco nombre de “gota de leche”— germinó con exuberante vitalidad, se exparcía por toda la fecunda Francia, saltó luego sus fronteras para invadir los países limítrofes, y extenderse después a todo el continente europeo, y cruzó, por fin, los mares para brotar y arraigarse en las naciones de allende el océano”.

Tal es, muy bien relatado, la creación de las “gotas de leche”, cuyo espíritu y cuya forma captara Calvo Mackenna, allí mismo donde nacieron y se perfeccionaron, para tomarlas integralmente y enraizarlas en Chile. Plantas generosas eran, y por ello crecieron bien. Y se multiplicaron mejor bajo la mano hábil e infatigable del experto jardinero que las cuidaba.

Desde 1912 Calvo Mackenna pertenecía al primer Consejo Superior de Protección a la Infancia, nombrado

por el Supremo Gobierno de Chile, institución que contó, entre otros, a don Ismael Valdés Valdés, y a los médicos de gran talla científica y nacional como Roberto del Río, Alejandro del Río, Angel C. Sanhueza y Manuel Camilo Vial.

Corre 1914, y, como lo hemos visto, ya se ha fundado la obra del Patronato de la Infancia, e, inspiración de Calvo, aquellos servicios para lactantes.

El 21 de mayo de 1917 se efectúa en Santiago la primera Conferencia de las Gotas de Leche, acto de enorme trascendencia en la vida cultural del país, que fué pensado y organizado por Calvo Mackenna, según consta públicamente, y el cual será un medio para analizar la labor de los distintos servicios del Patronato, y "fijar rumbos al desarrollo futuro de la institución".

Asisten a esta conferencia, delegados de establecimientos ya existentes en Viña del Mar, San Bernardo, Rancagua, Rengo, San Fernando, Concepción y Mulchén.

La generosa planta estaba dando sus buenos frutos.

En el acto en referencia se deja constancia, igualmente, por indicación de nuestro médico, que "durante los años 1914, 1915 y 1916, el Patronato de la Infancia ha salvado de la muerte, y devuelto a la ciudad y al país, no menos de tres mil vidas de menores de un año".

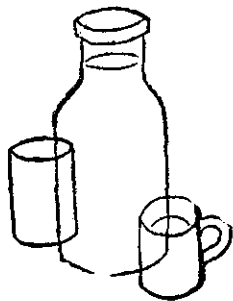
Se podría objetar que siendo el mismo el obrero constructor de esta labor, fuera también quien declarara la bondad del régimen. Pero situémonos en el tiempo y las circunstancias, y confesemos que era necesaria la propaganda de esta obra de beneficio para la ciudadanía. Se estaba todavía empezando. Diez años de lucha no significaban sino el paso inicial. Había mucho que hacer, mucho que estructurar, mucho que decir y enseñar antes que la total comprensión del medio, re-

conociera la labor hecha y la labor por cumplir.

Además su persona, que siempre fué personalidad, no pretendía ni pretendió nunca figurar por figurar. Pertenecía a una institución, y era esta institución la que debía apoyarse, engrandecerse, como autora o ejecutora de los hechos y de los propósitos. Calvo Mackenna no necesitaba propaganda personal. No aspiraba a ningún cargo público ni político. Y si sus amigos dejaban de manifiesto cual era su actuación, era simple y leve justicia, sencillo reconocimiento que no se podía dejar de considerar en los hechos.

Por eso dos años más tarde el Primer Congreso Nacional de Gotas de Leche lo hizo su presidente. Cabal. Nadie como él podía aunar opiniones en torno de estas cosas, dirigir, organizar, llevar a cabo en la práctica todas las buenas ideas que se cosecharan con ese fin.

Budín y Dufour tenían así en Chile un discípulo que al agregar su luz a la de ellos, iba descubriendo los más nobles caminos hacia una altísima y humana verdad.



## *EL HACEDOR DE AFECTOS*

*Hay la alegría de ser sano y la de ser justo, pero hay, sobre todo, la hermosa, la inmensa alegría de servir.*

GABRIELA MISTRAL.



**S**ostenía con calor que el régimen del asilo para los niños desamparados, o para aquellos cuyas madres no podían sostenerlos, no era un régimen exactamente adecuado para la formación moral de un niño.

Había que acudir al asilo como un refugio extremo. Pero si podía evitarse en otra forma el hecho que el niño pasara a ser sólo un número más en el establecimiento proteccionista, había que trabajar para ello.

Los hijos de madres solteras, estos niños que son un impedimento para que ellas encuentren trabajo, o para desenvolverse libremente, tenían un apoyo incondicional en él. Y fué así como procediendo en colaboración con hombres y mujeres comprensivas, con gente que entendía como él deseaba que entendieran la solidaridad social, se trabajaba efectiva y anónimamente por ayudar a las madres solteras en encontrar ocupación, en que pudieran servirse sin que fuera un obstáculo el hijo. El fin que se proponía, el propósito esencial de ello, era el deseo de no quitar o despegar el hijo del afecto materno directo.

Esto no es reemplazable con cosa o medio alguno, por detallada o por cuidadosa que sea la atención reglamentada y tasada de un asilo.

Fué esa desde el principio su doctrina. Y si ello le empujó a apurar el sistema de colocación familiar, a que nos hemos referido, es que la realidad de las cosas vividas y sentidas por él en su labor, le indicó que la primera condición de un niño para su espíritu era aquella: la necesidad de sostenerse en un afecto sincero.

Un día el médico iba cruzando uno de los grandes patios de la Casa Nacional del Niño. Apoyado en uno de los pilares de un corredor encontró a un chico que le miraba con atención, con avidez, decía el mismo médico cuando contaba el caso.

Le reconoció el que pasaba. Era un pequeño de no más de cinco a seis años, a quien sus compañeros llamaban **el lloroncito**. El chico se mantenía casi siempre solo. Y lloraba en silencio, lejos, en lo posible, de la mirada de sus compañeros, los cuales de todas maneras conocían su condición sentimental.

El niño había estado llorando. Tenía la cara sucia de tierra y lágrimas, pero algo había en él que hizo detenerse al médico.

Este, afectuoso, paternal, le tomó de la mano, y acercándose a una llave de agua próxima, le dijo sonriendo:

—Te lavaré la cara. No protestes. Así te verás hecho un hermoso niño.

Bajo la mañana llena de sol brilló otra gracia. La de los ojos dulces y claros del chico. Se dejó hacer. Una toalla oportunamente puesta en manos del médico, fué secando lenta y suavemente el rostro blanco y puro del muchachito. Una vez seco el rostro, las manos del hombre acariciaron las pálidas mejillas infantiles.

Fino psicólogo el médico miraba los ojos del niño. Esperaba algo más. Preveía que allí había un problema

que estaba por dar su solución. Le alisó el pelo, le dió un tironcito al delantal para quitar unas arrugas. Esperaba.

Y entonces el niño, en cuyos ojos brillaba en ese momento la lucecita trémula de la esperanza, solicitó:  
—Dame tu mano para hacerme cariño.

El hombre sintió una revelación en sus conocimientos. Era su doctrina que triunfaba en aquellas palabras tímidas y solicitantes del chico, cuyo rostro se apoyaba con ternura en el hueco de una de sus manos.

Adentro, muy adentro, una chispa de emoción encendía en el corazón del médico en ese momento, la confirmación exacta y la exacta fé en sus convicciones, mientras ese niño frotaba su rostro delicado y puro en sus tenaces manos de apóstol, que recibían, así, desde ese instante, una confirmación de amor de quien buscaba instintivamente en ellas un afecto, como un punto de apoyo para levantar su mundo moral, y para sentir así que no estaba en la vida totalmente desamparado y solo.



## LA SEMANA DEL NIÑO

*Y en la mirada del hombre ha comenzado a nacer un misterioso respeto por ese obrero de mañana, que está aguardando su turno en un rincón callado del hogar.*

DE "SU MAJESTAD EL NIÑO"  
*Crónica de Daniel de la Vega.*

**E**n un día de mayo de 1931, "El Mercurio" de Santiago traía un artículo editorial que decía: "La Semana del Niño que se inicia hoy en Santiago lleva envuelta en su significado la idea de un amplio homenaje al ser en que se concentran las mejores y más puras esperanzas de la raza".

Después de otras consideraciones agregaba:

"Reconoce la declaración de Ginebra que el niño debe ser puesto en condiciones de realizar normalmente su desarrollo físico y espiritual; repitiendo a través de los siglos la enseñanza cristiana que establece que el niño hambriento debe ser alimentado; el enfermo, socorrido; el retrasado en su educación, alentado a proseguirla; el desviado de la buena senda, vuelto a ella, y el huérfano y el abandonado, recogido y protegido; estatuye que el niño debe ser el primero en recibir auxilios en casos de calamidad pública; preceptúa que el niño debe ser puesto en situación de ganarse a sí propio la subsistencia y ser defendido de toda explotación, y, finalmente, basa en la idea del deber, la educación que ha de dar al niño la eficiencia necesaria para poder ser útil a sí mismo y a sus semejantes".

Ahora bien, el Presidente de estas actividades era Luis Calvo Mackenna, a quien asesoraba directamente Armando Hamel, don Armando "el convencido", a quien

Valparaíso había conocido ya en muchos nobles ejercicios intelectuales. Ayudaron, también, al estudio minucioso de los programas que se iban a ejecutar Manuel Gaete Fagalde, de Santiago, y el Dr. Gustavo Fricke, de Valparaíso.

La experiencia porteña traída a Santiago sirvió grandemente en este caso. Valparaíso había celebrado su Semana del Niño en 1929. Y a esto se unía la estructuración pensada, estudiada y puesta en discusión por Calvo.

Hasta que todo estuvo listo, hasta que el último detalle no estuvo revisado y mirado una vez más, estos soldados del civismo no se lanzaron a la acción.

La primera semana del niño en Santiago tenía caracteres de lucha.

Había que contar con la cooperación de autoridades, maestros, padres de familia, instituciones diversas, todos los cuales se sentían reticentes, desconfiados. En Chile son muchos los hermosos proyectos, muchas las esperanzas que se lanzan en el aire que respira el público. Casi siempre viene en seguida la decepción. Por eso cuando una idea nueva entra a pelear su posición de adelantada, todos piensan mal. Allí hay especulación, interés económico y lobuno disfrazado en piel de cordero; allí hay pretensiones políticas o se agazapa entre tanta belleza de proyectos quizás qué oscura sorpresa...

En el programa de la Semana del Niño se hablaba de mover la atención de todos los infantes de Santiago hacia la dignificación de cosas humanas, como ser la escuela, el maestro, el hogar, la madre, el compañerismo, la salud, el espíritu cívico, la moral, el trabajo, la vida al aire libre.

Demasiado bello.

Pero realizable.

Lo probó el éxito con que se desarrollaron los diversos actos de esta Semana. Hubo emoción en los chicos que recibían por primera vez el estímulo de sus compañeros al ser designados por ellos el mejor. Hubo alegría cuando los payasos, unos payasos de verdad, con caras pintadas y saltos inverosímiles, jugaron mano a mano con ellos. Hubo orgullo en las madres y un sentimiento de comprensión en los maestros. Las escuelas a mitad de la semana se pusieron su traje dominguero para recibir al amigo que iba a entregar en ella una palabra de aliento y de fé para todos. Hubo mucho trabajo, muchísima labor, fatigosa y variada labor en todos esos días para Luis Calvo y sus colaboradores. Santiago es grande, y cada sector debía ser bien atendido en esta primera prueba. Hubo una tarea gigantesca que realizar, pero al realizarse todo quedaba pagado con la satisfacción de estos soldados, que en esta forma seguían la guerra santa iniciada tantos años atrás.

El doctor Calvo Mackenna estaba en todas partes. En muchas de ellas no supieron que él era quien dirigía el timón de esas fiestas. Pasaba entre los niños felices llenándose de felicidad, acariciando cabecitas rubias u oscuras, sintiendo que todo ese hábito de vida clara y limpia, que esas risas, esas canciones, esa inquietud, formaban el inmenso tesoro con que había soñado tantas veces para un Chile grande, próspero, feliz, un Chile fuerte que debía llegar a ser la copia del Edén, no con lirismos ni con protestas, sino con esto que sentía en esos días luminosos de mayo de 1931, en que el cielo, el sol y el aire colaboraron gustosos con él.

La Semana del Niño quedaba instituida en Santiago. Se corrió su fecha para los días de primavera, pero su programa quedó firme, y pocos años después todo Chile se llenó de esa inquietud por los niños, al ser declarada oficialmente de carácter nacional.





# EL AMIGO

*Rotary no es otra cosa que la Escuela de la Grande Amistad.*

PEDRO PRADO

*“Dar de sí antes de pensar en sí”.*

LEMA ROTARIO

**E**sa fuerza interior que es la amistad, era innata en Luis Calvo, y, aparte de ello, sabía hacerla más latente cada día. Recibía así la estimación ajena, y esa estimación la devolvía él en la más noble especulación espiritual, cual era el servicio a la colectividad, el deseo de ser útil, la indicación para encauzar acciones y propósitos de hondo sentido humano.

El Rotary envolvió a Luis Calvo en la mejor de sus doctrinas de amistad como ocasión de servir.

Ahora bien. ¿Qué es Rotary? ¿Dónde va Rotary? .

Tomamos de Federico E. Chrismann, argentino, médico, profesor de la Universidad de La Plata, estas palabras alumbradoras:

“¿Qué une pues a los rotarios, sino las fuerzas que tienden hacia la superación humana? Superación hacia adentro y superación hacia afuera. Y lo grandioso de esta concepción espiritual, que nutre y acrecienta a Rotary, es que cualquier tribuna, cualquier púlpito, es mansión propicia para propalar la pureza de un ideal de redención, cuando ese ideal no lo pervierte el egoísmo, no lo macula la vanidad ni lo corrompe el interés

Parecía una utopía de mente afiebrada hablar de fuerzas morales, de intentos de superación espiritual en momentos en que el hombre obedece más al mar-

tillar de los cañones que al soplo imponderable de su conciencia. Pero es que nuestra vida se ha perfeccionado más hacia lo exterior que hacia lo interior. Esa perfección que deslumbra ha sido unilateral, y ha tenido en su propio seno los gérmenes que han desencadenado la hecatombe”.

Calvo Mackenna había hallado un camino más dentro de sus caminos personales, dirigidos todos hacia la consecución de un ideal, por el que batallara desde sus años mozos.

Rotary le sirvió para encontrarse a sí mismo, y para dar de sí, entonces, con la alegría y la satisfacción de saber dar.

Junto con celebrarse en Santiago la primera Semana del Niño que él presidiera, los rotarios santiaguinos, reconociendo sus valores, le hicieron su primer director.

Fué así como en el **año de la crisis**, 1931, le tocó presidir el club santiaguino. En la nutrida labor del año se destacan dos gestiones: la creación de los Amigos de las Escuelas y la “Campaña de Optimismo”.

Cumplida su tarea entre los amigos santiaguinos, fué llevado, en seguida, a Gobernador del Distrito 64, que reunía a todos los clubs rotarios de Chile.

Y ocurrió con Luis Calvo el caso nunca conocido en la historia del Rotary: lo reeligieron Gobernador Nacional, confirmando así por la unanimidad, la confianza que tenían en su criterio, en sus meritorios afanes, en su imponderable gestión de conductor de doctrinas.

Fué bajo la última Gobernación del doctor Calvo cuando, por su indicación, Chile fué dividido en tres distritos rotarios, lo que demuestra la buena fé y el honrado criterio con que manejó su dilatada zona. Pre-

cisamente por ser tan dilatada un gobernador no podía visitar en un período a todos los núcleos del país, llevándoles su adoctrinamiento y su estímulo.

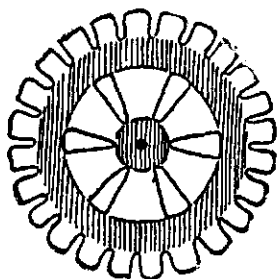
Una Gobernación rotaria es un honor, un gran honor, para tener derecho al cual, hay que haber demostrado muchas cualidades sobresalientes, y una moral firme y solvente por encima de todo. En una palabra, para colocarse en este sitio hay que ser un gran ciudadano.

Esto fué Calvo, esto y mucho más: un apóstol.

De otro médico, el doctor Eduardo Moore, había tomado el ejemplo de estos caminos. Nunca dejó de señalarle en sus discursos, en sus cartas mensuales a los amigos y consocios. Y aparte del doctor Moore, Calvo Mackenna supo rodearse de hombres que lo honraron y él honró con su amistad sin fronteras, como Armando Hamel, Manuel Gaete Fagalde, Alejandro Garretón, Eugenio Cienfuegos, Alejandro del Río, Carlos Hoerning, y otros más, muchos más, dentro de la institución a la que diera también, tanto de sus actividades.

Rotary tiene en su lema estas palabras: "Dar de sí sin pensar en sí".

Ya veremos más adelante, cómo cumplió con ese mandato.



# LOS OPTIMISTAS

*En épocas de crisis, cuando se hace penoso avanzar, cuando espesas tinieblas ensombrecen el camino, es cuando el hombre gana en valor, en vitalidad, en destreza. Así ha sido siempre. Así está escrito, indudablemente, que sea. A los hombres en cuyos pechos se ha aferrado esta convicción es a los que debemos que sobreviva el género humano.*

LLOYD C. DOUGLAS

**O**ptimismo — en la explicación común — es el sistema que pretende que por lo menos la suma del bien es superior a la del mal. La bondad de Dios, se afirma, no pudo querer más que el bien; y a veces lo hace nacer del mismo mal.

Para ser optimista hay que ser fuerte moral y espiritualmente.

Hay que tener un profundo amor por la vida, por la propia y por la de sus semejantes. Quien es optimista no puede ser egoísta, ni sentir las mordeduras de la envidia ante cosa o circunstancia alguna.

Sólo los espíritus claros y limpios pueden comprender y sentir el optimismo.

De allí que aquella campaña de optimismo iniciada entre un grupo de amigos que presidía Luis Calvo Mackenna, en el año turbio de 1931, tenía una significación profunda.

El país pasaba por un período de desorientación en toda forma. Y los quebrantos llevaban al ánimo público, a lo que se ha dado en llamar conciencia colectiva, una sombra, una opresión moral tan grande, que en todo el territorio chileno, al igual que en muchas otras partes del mundo al mismo tiempo, hacían daño los días

domingos, porque en ellos había tiempo para comentar, relacionar, quejarse y sentirse mal por todo lo que ocurría.

¡Y aquel grupo de hombres se lanzaba a una campaña de optimismo!

Quijotes, sincera y francamente quijotes, levantaban bandera de saludo a la vida, a la esperanza, a la fé, cuando todo parecía anunciar que el derrumbe continuaría.

No era que estuvieran, estos hombres, ajenos a las molestias y a los sinsabores del momento. Nadie podía eludir el roce desagradable, por lo menos, de lo que estaba sucediendo. Pero ellos, con un abanderado como Salvo Mackenna, que sabía imprimir calidad a los propósitos, saltaban la trinchera oscura para mirar cara a cara al sol.

Y cumplir con el legado de vida y serenidad que dice: ama, cree y espera.

El desorden existente en todos los planos de la vida de la República, tomaba caracteres violentos, como era en lo político, con manos armadas, palabras duras, matonería en función. En lo moral, creando toda clase de especulaciones. En lo cultural, nivelando situaciones a base de una libertad mal entendida, como si la ciencia y el arte pudieran ser manjar o instrumentos de patanes. Y en el fondo de todo esto, como consecuencia lógica, el desorden económico era la tembladera desde la cual pretendía alzarse la vida colectiva.

Vencimientos comerciales, quiebras, letras protestadas, ventas apresuradas de propiedades familiares, hundimientos, zozobras, tal era el panorama general.

Y una inquietud, una tremenda inquietud con miras hacia el porvenir, hacía presa en todos los espíritus.

Algo hicieron los hombres que formaban en la vanguardia de la campaña de optimismo. Solamente algo, porque el turbión era demasiado fuerte. Y no se oían sus voces en la desesperada lucha entablada por salir de alguna manera del vórtice de aquel minuto intenso que vivió la nación chilena.

Aquel minuto que duró largos meses.

Pero que fué como un remedio fuerte para muchísimos, y una lección tremenda para todo el país.

La mejoría vino rápidamente.

La serenidad entró de lleno, nuevamente, a los espíritus.

Se rehicieron los negocios, en su mayor parte; la vida cultural entró a su cauce único y normal. Y los hombres, ya con más confianza, supieron preparar la mente, el corazón y las manos para volver a trabajar.

Un dicho muy conocido reza: "Después de la batalla todos son generales".

Los que habían perdido la fé en lo más álgido de las circunstancias, los que habían negado la gracia del optimismo que hace fuerte y que sostiene, vueltos ya a la normalidad, pretendían olvidar el pánico y la debilidad sentida, para recordar como quien perdona, el pecado de aquellos hombres, el bello pecado de haberse mantenido optimistas, luminosos, en medio del caos de esos días grises.

Más de alguno comentara después, que había sido un gesto demasiado fácil.



En realidad fué un rasgo que tuvo contornos heroicos. Los "falsos paladines"— que dijera Darío— no han sido nunca capaces de ello. Hay que ser descendiente espiritual directo de nuestro señor don Quijote, para enseñar a volar por sobre la tormenta, para mirar a la cumbre cuando todas las huellas parecen haberse perdido.



# ANTE OTRO PROBLEMA

*Forma parte del cuerpo esencial de nuestra doctrina considerar a la familia como una unidad indivisible. No aceptamos su parcelación, como tampoco de los problemas, y consideramos absurdo que distintas personas se interesen por el niño, el tuberculoso, el venéreo, etc. Implica perder la visión de conjunto o ignorar el derroche de tiempo y dinero.*

*“Política Sanitaria“ Art. publicado en Revista de Previsión Social, Dcbr. 1947, por los Drs. Hernán Romero y Mario Pizzi.*

**H**ay en Chile un pavoroso problema por resolver. Un problema que tenía hasta no hace muchos años una perspectiva más pavorosa todavía para la vida nacional: la tuberculosis.

No podía Calvo Mackenna responder a sus altos principios de médico de niños, sin tener que tropezar forzosamente con esa montaña fatídica que se levanta en la realidad chilena. Y es por eso que al adentrarse sinceramente en sus propósitos de defensa del niño, había que combatir, también, en ese campo siniestro, lanza en ristre y el corazón lleno de serenidad.

Hay un trabajo firmado por los doctores Calvo, Korner y Córdoba, y el señor Enrique Balmaceda, que se titula: **"Un programa completo de asistencia a los tuberculosos para Santiago. — Reorganización administrativa de la Casa de Salud de San José de Maipo"** En ese trabajo, tal como se indica en su encabezamiento, se llega a claras conclusiones sobre el rol de la Casa de Salud, que era la base de la recuperación para enfermos bronco-pulmonares.

Pero en otro trabajo propio de Calvo Mackenna— **"Creación de un organismo central dirigente de la lucha antituberculosa"**— publicado en 1926, en la Revista de la Beneficencia Pública, el autor hace notar:

“Cuando en los trabajos preparatorios de esta asamblea (Primera Semana de la Tuberculosis) repasábamos las instituciones creadas en el país con el objeto de establecer el tratamiento preventivo de la tuberculosis, nos sentíamos sinceramente apenados, y ¿por qué no decirlo? avergonzados al ver que sobaban dedos de una mano para contarlas. Tan pocas eran, y tan pocas son. Es inconcebible en verdad que ante la magnitud del problema hayamos opuesto tan escasos medios de lucha”.

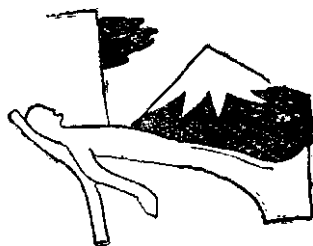
Con énfasis continúa el autor:

“Esa misma falta de elementos de defensa contra la tuberculosis, ese campo casi abandonado de nuestra filantropía y de nuestra beneficencia pública y privada, nos colocan en situación ventajosa si queremos abordar el problema en toda su amplitud, y si deseamos, como es de rigor, la realización de un plan completo y armónico que contemple todos los factores y todas las circunstancias que deben ser corregidos, un programa que diga del pobre y del rico, del lactante, del niño y del adulto, de la tuberculosa embarazada y de la Obra Grancher, del sanatorio marítimo y del sanatorio de montaña, de la escuela al aire libre y de la colonia escolar, del policlínico y del hospital, del preventorio y del nido tuberculoso”.

Así adelantaba el planteamiento de sus puntos de vista. La Semana de la Tuberculosis abrió derroteros ante las autoridades nacionales, para contemplar con ojos realistas el problema. Se han creado más tarde otras casas de salud y preventorios en diversas partes de Chile. Son todos bastiones aislados, donde se combate arduamente contra el enemigo de la raza. Pero

sigue faltando dinero, siguen faltando lechos para reposo, porque a pesar de todo no hay todavía una mayor comprensión, una total comprensión hacia el hecho preciso que la **tbc.** continúa avanzando en su obra de zapa colectiva y tenaz.

Todavía, sobre veinte años, podemos repetir las mismas palabras: es inconcebible en verdad que ante la magnitud del problema hayamos opuesto tan escasos medios de lucha...



# EL PUEBLO PIDE PAN

*La gente que produce es tan granada,  
tan soberbia, gallarda y belicosa*

.....

*(De "La Araucana")*

ALONSO DE ERCILLA  
Y ZÚÑIGA

**A**llí está el conventillo, o la habitación miserable donde no entra el sol, pero empapa y cala la lluvia, donde no hay aire renovado ni existen las más elementales formas de la higiene. Y con esta habitación insalubre, con este problema que es, innegablemente, un asunto básico para la población del país, su desarrollo, su mentalidad, su formación moral, alarga sus garras impiadosas el otro problema nacional y fundamental: la nutrición del pueblo.

Entrambos crean la materia donde la tisis hinca sus dientes.

El rostro delgado y pálido, el cuerpo flaco, las manos huesudas que pretenden ser fuertes, he aquí el espectáculo individual que ya se va haciendo colectivo entre los hijos del pueblo.

El año 1930 las estadísticas entregan el espantoso número del cuarenta por ciento de raquitismo en los niños.

Un médico, el Dr. Baeza Goñi, tomando la palabra a nombre de sus colegas, y con la documentación y las pruebas en la mano, indica públicamente la dolorosa cifra citada, para decir, enseguida:

"Las causas productoras del raquitismo son todas de orden higiénico social, y contra ellas estamos bien desarmados para atacar sus bases que son: la miseria y aglomeración de casas de poco sol y escasa ventilación".

Al año siguiente, 1931, se realiza en Valparaíso el Primer Congreso de Alimentación Popular, en el que ac-

túan los más relevantes personeros de la medicina social, que han estudiado el problema desde todos los ángulos. La alimentación del pueblo con la mortalidad infantil y la tuberculosis, forman el trío del intenso drama interior chileno.

Esto lo saben, lo descubren a todos los ojos, y así, descubiertos ya los enemigos, allá van los hombres que toman las primeras posiciones para ir atacando de uno en uno, y luego simultáneamente, a estos tres factores negativos para la nacionalidad y el progreso étnico del país.

Luis Calvo Mackenna rompe el fuego.

Es quien en la sesión inaugural de ese Congreso toma la palabra para definir situaciones, exponer propósitos, delinear la batalla que empieza ya.

Y entre otras cosas interesantes expone, informa y precisa:

"Sabemos que nuestro pueblo vive sometido a un régimen de alimentación defectuosa, más en calidad que en cantidad, y debemos suponer y aceptar que esa deficiencia energética, y sobre todo esa deficiencia plástica, han de influir en buena parte, agregados a los males sociales, en la prematuridad y en la debilidad congénita, que tan alto grado alcanzan en nuestro pueblo".

Hace algunas consideraciones más, y agrega:

"No debemos aguardar indolentemente hasta que el pueblo enferme para acudir a él, y hacerlo objeto de nuestras enseñanzas en materia de alimentación.

Debemos orientar a la familia entera si es posible en el goce de la más plena salud, e inspirados en los preceptos de la más severa profilaxia, en todo cuanto atañe a los más elementales principios de la higiene de la alimentación, de una alimentación que debe reunir



requisitos fundamentales, que el pueblo debe aprender y puede conseguir en su propio hogar, si logramos, mediante una amplia vulgarización, bien fácil de obtener, fijar en la mente del pueblo los medios de alcanzar aquellos requisitos, muchas veces fáciles de armonizar en la práctica, que pueden proporcionarle un régimen nutritivo de verdad, agradable al paladar y económico al mismo tiempo”.

Después de estas palabras la reunión de especialistas sesiona laboriosamente.

De allí salen conclusiones que tienen una grande y real importancia nacional.

Se deja establecido que existe en Magallanes el mayor índice de raquitismo en Chile. Es alarmante este cuadro, y la prensa incita al Gobierno a tomar nota de ello, en apoyo a las conclusiones del Congreso de Alimentación.

Los estudios que se han hecho, y sobre los cuales se entregan las declaraciones finales, dan a conocer que el problema se tomó íntegramente. Un verdadero afán patriótico impulsó a estos hombres a mirarlo todo, a observarlo todo, con mirada de hombres de ciencia, de chilenos, de americanistas.

Y así se llega a solicitar al Gobierno el abarataamiento y el fomento del uso de los abonos, principalmente de la cal, “cuya falta se hace sentir en la región sur del país”.

Los suelos del sur, entre los hermosos paisajes del austro, sobre todo, son suelos pobres. Antes de cada siembra hay que fortificarlos con abonos, hay que robustecerlos un poco, para que la cosecha tenga un rinde satisfactorio, y las espigas y los frutos entreguen a su vez la calidad necesaria como alimento fundamental en el consumo general.

A esto quiere llegar la reunión de estudiosos, que conocen el asunto a fondo, y van, precisamente, al fondo mismo de las cosas.

La alimentación en los escolares y los soldados es deficiente. Queremos tener atletas, y dignos y fuertes representantes de la raza. Y apenas se conoce la leche, cuyo consumo es escaso, y cuya calidad es baja, ya que el deseo comercial de muchos expendedores hace acrecentar el volumen de la producción—como es público y notorio— con agua a veces potable.

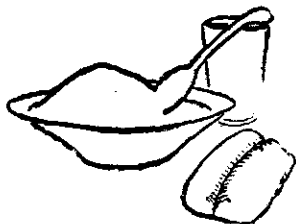
Hay largos e interesantes debates sobre cada tópico en el Congreso indicado. Y un memorial, extenso y bien definido en cada punto tratado, es el que se hace llegar a las altas esferas gubernativas.

Aparte de lo ya enunciado se habla allí de la urgente necesidad de abrir ferias francas en los centros de consumo, ferias donde el productor pueda entregar al consumidor, directamente, sin recargos onerosos, su mercancía, los frutos de su huerto, de sus cultivos, de sus criaderos.

Viene, en seguida, la inspección de carnes.

Se hace notar que un imperativo higiénico y de alimentación popular, hace necesario la inspección de carnes, pues en su expendio existen fallas dolosas que hay que suprimir alguna vez.

Y se pide toda la protección gubernativa en favor del fomento pesquero.



## *Y ese mar que tranquilo te baña . . .*

*...y al oeste, a todo lo largo de su territorio, limita con el Océano Pacífico"*

### **Límites de Chile**

---

*No en balde las poblaciones primitivas se agruparon en estas costas generosas. En todas partes los pobladores prehistóricos dejaron su huella. Los dibujos ingenuos y los signos misteriosos han quedado grabados en innumerables petroglifos, y los conchales se amontonan a lo largo de las costas. Hasta las bestias antediluvianas encontraron la manera de exhibir sus cuerpos en el ancho friso de la Bahía de la Herradura. Allí, en la puntilla sur, se ve desde el mar un corte de roca que deja en descubierto el esqueleto de un inmenso saurio de otras edades, como una muestra de la eterna riqueza de estos mares.*

**"Chile o una loca geografía"**

**BENJAMIN SUBERCASEAUX**

**U**n científico japonés, profesor de intercambio de la Sociedad de las Naciones, el doctor Tadasu Saiki, estudió en Chile el problema de la nutrición popular.

Los franceses enviaron a Chile una eminencia, el Profesor Debré, de París, y desde Ginebra vino el Profesor Obsen, de reconocida autoridad en la misma materia que el primero de los nombrados.

Las tres eminencias llegaron a la conclusión simple y grave que "en Chile, un problema capital es el de la alimentación popular".

No era, entonces, ni ha sido nunca en Chile, una novedad esta afirmación.

El pueblo come mal.

Y ha habido siempre grandes superficies de tierras de cultivo que no se hacen trabajar.

Y tenemos la costa más dilatada que país alguno puede mostrar en el mundo. Y nuestro pueblo conoce apenas los productos del mar.

En pasadas épocas gran número de tribus indígenas del territorio habían vivido casi exclusivamente de la pesca.

La fauna marina más rica del orbe existe en las costas de Chile. Y el sabor no superado de muchas es-

pecies de peces y mariscos, hace de nuestro litoral un país de privilegio.

A fines del siglo XVIII don Ambrosio O'Higgins, Gobernador del Reyno de Chile, y gran conocedor de las características geográficas, climatéricas y de la producción de su reino, hacía notar, con una amplia visión de estadista y gobernante, que el mar debía dar a nuestra población su alimento más barato, más fácil de obtener y más nutritivo.

Pero los años, y aún los siglos, han corrido imperturbables, y no se cumple, todavía, el deseo y el propósito del gran gobernador.

Sin embargo se le encuentra la razón, toda la razón, cada día que pasa y se llega a hablar de estas cosas.

La iniciativa particular hace intentos para industrializar y comerciar los productos del mar chileno, entregando algo de ellos al consumo general.

Pero los medios de transporte son caros, tierra adentro; la entrega no es regular, muchas veces, o hay que mantener la mercancía en lo que se llama un precio remunerativo. Todo ello contribuye a que se siga esperando el día que el pueblo sepa y pueda consumir pescado.

El gran emporio del país, como ya se le ha llamado al mar que va de Arica al casquete antártico, no pasa, todavía de ser un emporio cuya puerta no se ha abierto definitivamente, pública, ampliamente, a conciencia, porque ha faltado el estímulo que se debe a este esfuerzo, el cual bien encauzado, bien orientado, debía entregar al territorio nacional y su población, el alimento mejor dotado de calidad para el gran consumo.

Encima de todo esto tenemos que luchar contra los prejuicios, que envician no sólo los sentimientos, sino, en este caso, llegan sencillamente a lo ridículo.

Porque no se puede medir de otro modo la cursilería criolla que hace diferencias esenciales y notables entre el congrio colorado y el negro, y que no consume la **pescada**, pero que bajo el influjo mágico de un-cambio de nombre, acepta gozoso la merluza, como tampoco toma de buen grado la sierra y otros peces, pero en cambio se entrega de lleno al placer de consumir bacalao nacional o salmón en conserva!

Estos son algunos detalles del vasto asunto.

El fomento pesquero tropieza también en ellos.

Y "ese mar que tranquilo te baña" no puede entregar su esplendor, su riqueza, su realidad, porque sigue ignorado todavía.

Vale, sí, consignar cómo en 1931, y en Valparaíso, primer puerto del Pacífico sur, se colocó el hito inicial, serio, firme, de una jornada de lento comienzo, pero que pronto, por la fuerza de las cosas, porque no se pueden atajar las leyes de la naturaleza, y porque ello implica una verdad sin fronteras, debe tomar el relieve a que tiene derecho.



# *Más allá de las fronteras chilenas*

*Nadie es profeta en su tierra.*

DICHO POPULAR

**D**e los trabajos presentados y de los temas tratados en el Segundo Congreso Americano del Niño, efectuado en Montevideo a principios de 1919, fué publicado uno que lleva la firma de Luis Calvo Mackenna: **"Formas clínicas de la acidosis (Acetonemia) en la infancia"**.

Años más tarde el autor con otro colega chileno llegan una mañana a la Universidad de París. Van llenos de entusiasmo. Sus deseos comunes son de aprender algo nuevo, imbuirse en nuevas doctrinas, buscar lecciones y motivos que les sirvan después en el ejercicio de la profesión en el lejano y querido Chile.

Ambos conocen el problema del niño en su país, y sienten que es un deber de chilenidad pura y verdadera seguir trabajando por la infancia con mejores herramientas cada día. Por eso van allí, a la vieja Universidad francesa, a recoger enseñanzas y luces. Las clases de pediatría para médicos las hace este año el famoso profesor Dr. Nobécourt, grave, digno, venerable, de cuya palabra están todos pendientes. Nobécourt explica su tema, y al extenderse sobre él da cuenta, honorablemente, que esta lección la ha tomado y la interpreta a su vez, del trabajo sobre acetonemia escrito por el profesor chileno Luis Calvo Mackenna, una de las



más altas autoridades sobre la materia, cuya personalidad bosqueja brevemente el catedrático.

Los dos chilenos escuchan. Nada dicen. Pero la emoción hace llorar silenciosamente a uno, mientras el aludido y nombrado, el eminente, deja pasar el instante en que la emoción también le toca con su rocío bienaventurado, y luego bromea en voz baja con su compañero:

—Este amigo de tan hermosa barba, no sabe que yo le escucho. . .

La concurrencia no se da cuenta de lo que pasa allí, entre los dos chilenos. En su disertación el Dr. Nobécourt va explayando las doctrinas del profesor ya citado. Médicos de muchos países han llegado allí para escuchar nuevas verdades, y todos toman nota del autor a que hace referencia el catedrático: habrá que leer aquello tan lleno de interés profesional.

Al terminar la clase, por orden y ruego de su compañero, un médico se acerca al profesor para agradecerle sus opiniones. La sala aplaude, y el sabio francés toma desde ese momento a un amigo y colaborador, que ha ido desde Chile a aprender, cuando la verdad era que ya estaba enseñando.

Son estas cosas y los trabajos presentados en las revistas científicas argentinas, las que le dan renombre y autoridad. Con esta autoridad en 1930 presenta a la Sección Organización de Higiene de la Sociedad de las Naciones, un trabajo que se le solicita: **Encuesta sobre Mortalidad Infantil en Chile.**

Esta encuesta se hizo sobre dos comunas de Santiago: Santa Ana e Hipódromo Chile; una ciudad, San Bernardo, y una comuna rural, San Isidro.

En ella se exponen las condiciones locales en que vive la gente y sus características de habitaciones, espacios abiertos, aguas potables, desagües, pavimentación, hospitales, etc. Se considera cada una de estas cosas para analizarlas debidamente en el total, sumado con las enfermedades, alimentación, herencia y otras causas que forman la mortalidad infantil.

Este trabajo elevado al conocimiento de la citada institución internacional, ha sido publicado en español y francés. Para llevarlo a cabo en buena forma colaboraron en la búsqueda de las informaciones respectivas numerosos médicos, enfermeras y visitadoras sociales, que él, personalmente, aleccionó y guió.

Y al hacerse un servicio al país, se hacía un servicio a los más altos ideales que sostuvieron la Sociedad de las Naciones.



# EL INCANSABLE

*Si necesitas cooperación en una obra de interés público, pídesela a los hombres más ocupados; los otros no tienen tiempo.*

ADOLFO IBAÑEZ

**A** parte de toda la bibliografía que hemos anotado en páginas anteriores, obras suyas, entre meditados artículos y folletos publicados, tenemos, entre otros, los siguientes:

La Puericultura y la Beneficencia Pública. (En colaboración con Alejandro Hunneus).— Revista de la Beneficencia Pública, tomo I.

Anotaciones acerca del rol del médico en las Gotas de Leche.— Revista de Beneficencia Pública, tomo II.

El Patronato Nacional de la Infancia en la actualidad. 1919.— Revista de Beneficencia Pública, tomo III.

Vulgarización de la Puericultura.— Revista de Beneficencia Pública, tomo VI.

La Beneficencia y los niños abandonados, (colaboración con Salustio Barros).— Revista de la Beneficencia Pública, tomo VII.

El Instituto para nurses "Jubileo de la Reina Victoria".— Revista de Beneficencia Pública, tomo VIII.

Comentarios sobre asistencia social en los hospitales.— Revista de Beneficencia Pública, tomo X.

La Puericultura en Santiago.— Revista de Beneficencia Pública, tomo XI.

Puericultura. Cooperación entre la Asistencia Pública y la Privada.— Revista de Asistencia Social, 1933.

Aspectos sociales de la hospitalización del lactante. (En colaboración con el Dr. Santiago Muzzo Pons). Folleto N.º 49 de la Revista de Asistencia Social.

La Sociedad Chilena de Pediatría —diez años de existencia, 1922 - 1931.— Revista Médica de Chile.

Fuera de esto hubo en su obra intelectual un largo número de conferencias, de discursos pronunciados en diversos congresos científicos, de programas de acción y enseñanza, de cartas hacia sus corresponsales extranjeros y amigos y colegas del país, para quienes nunca escatimó las indicaciones solicitadas, o el fruto de sus observaciones en la realidad misma de las cosas.

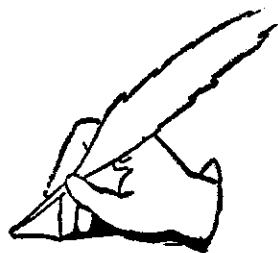
Aquel sentido del orden que venía de su ascendencia materna, hacía que su tiempo produjera maravillas, y nada se atropellara en él o se confundiera. Tenía tiempo para atenderlo todo limpiamente, a los enfermos de las instituciones que le tenían de médico, y a sus enfermos que de dos a cuatro de la tarde llegaban a su consulta privada. Preparaba sus lecciones o disertaciones; asistía a todas las reuniones que necesitaban de su cooperación o su presencia, y todo ello sin desatender en un mínimo sus buenas relaciones de amistad, de esa amistad que era su don y su refugio espiritual; y sin desatender, tampoco, su vida de hogar, de donde, sí, más de una vez lo sacaron los pedidos de urgencia de un niño enfermo repentinamente, o por uno cuyos padres recurrían a su ciencia en el instante más crítico, decepcionados del no especialista que hasta ese momento atendía al pequeño.

Servía con conciencia y con plena satisfacción. En su consulta había tarjetas desde cinco a cincuenta pe-

sos. Cuando el inevitable momento de pagar llegaba para el consultante, el médico, que psicólogo fino, ya había estudiado las condiciones de aquel, y sacaba, entonces, del tarjetero un cartón con la suma que el consultante debía cancelar a la enfermera al salir. Las tarjetas indicando el menor valor de la consulta, fueron siempre las más socorridas.

Así era su acción, su actividad. Y si algo no podía atender bien, sencillamente no aceptaba su responsabilidad.

Los altos puestos no lo tentaron. Fué Director General de Beneficencia por algunos meses, en forma provisoria. Y es sabido que no quiso aceptar el cargo oficial, porque le habría quitado tiempo para desempeñarse mejor en sus otros cargos más directos en la labor médica. Los niños, siempre los niños, fueron su campo social y su gran medio de ejercer la profesión como un apostolado nacional.



# UN MONUMENTO

*“Su muerte quitó a Chile un genio  
por excelencia.”*

**Palabras del Dr. Escardó y Amaya,  
uruguayo, ante la noticia del fa-  
llecimiento de L. C. M.**

**A** llí, sobre el escritorio, quedó el libro sobre cardiopatía que estuvo leyendo en pequeños pasajes durante algunos días.

Necesitaba conocerse. Necesitaba saber hasta qué punto su corazón infatigable iba a marchar con el ritmo que él imponía a sus cosas.

Sin decir a nadie la ruda verdad que escondía físicamente en su corazón, se había tomado cardiogramas para complementar lo que los indicadores del caso le decían sobre su alta presión. Y sin manifestar temores seguía su vida normal de trabajo intenso.

Y una tarde de diciembre de 1937, una tarde luminosa en que los árboles de la avenida República mostraban un follaje nuevo, el Doctor Calvo Mackenna llegó a su casa, y pocos minutos después abrió su consulta diaria. La espera tenía, como todos los días, un grupo de personas. Algunos rostros conocidos le saludaron, y la enfermera esperó sus órdenes.

Dos días antes él había conocido intuitivamente que algo fatal y enorme iba a sucederle, y entre palabras alegres, para no dar a entender el presagio que le clavaba, hizo un testamento verbal de sus bienes.

¡Eran tan bellos esos claros días de diciembre para poder aceptar la sombra, siquiera, de una oscura señal!

Pero la tensión del corazón se desató violentamente esa tarde.



Por eso de pronto le vieron salir del consultorio. Y todos comprendieron que la consulta, por lo menos ese día, no seguiría adelante.

Se sentó. Y haciendo un esfuerzo grande pidió a su esposa que llamase a Alejandro.

Ella, llena de temores, habló con el médico amigo, y en seguida, presa de un angustia enorme que la hacía sufrir, se acercó a él y se puso a rezar en alta voz.

Él la acompañó. Sentía fuertes dolores, intensos dolores, pero para no alarmar a su digna compañera, tenía en esos momentos la actitud heroica de no quejarse ni rendirse.

Llegó el Dr. Garretón, y entonces, sólo entonces, confesó que se encontraba ciego.

El golpe de sangre al cerebro, lo irremediable, que él comprendía en toda su tremenda verdad, hacía su obra.

Pero en esos instantes únicos, en esos instantes en que todo debe perderse tras la ilusión de mantener un hilo de vida para volver a la vida, Calvo Mackenna mostró la más íntima y noble de sus actitudes:

—Tome nota, Alejandro, de lo que le digo. . .

Y dictaba con conciencia médica, al borde de la frontera eterna, los signos y los dolores que le martirizaban. Pensaba que aquello que nadie podría indicar en otros casos, en el caso suyo tenía el deber de hacerlo porque era, ante todo, médico. Y el ser médico le obligaba hasta en ese momento a buscar alivios para quienes quedaban.

Su tesis que hacía treinta años de la supresión del dolor, para otros, la mantenía él con sus dolores, a costa suya, con su carne y su sangre, y su propio corazón, y su infinita pena porque su labor no quedaba terminada

—Siento que aquí, Alejandro...

En sus manos temblaban las manos de su esposa. A ella le decía al estrechárselas por última vez, que su alma era suya, que su apoyo total estaba en ella hasta en la hora de la muerte, pero él también estaba dando de sí sin pensar en sí mismo.

Calló su voz. Los labios se negaron a hablar claramente. La casa se llenó de sombras y sollozos. Y entró la muerte en ella, triunfadora, impiadosa.

Con sus brazos eternos un crucifijo purificaba el dolor.

No hubo clarines en sus funerales. Pero a este guerrero, a este conquistador de vidas en la guerra santa de la salud pública de Chile, a este soldado de la más noble y alta prosapia espiritual, lo acompañaron ante todo y sobre todo, las oraciones puras, limpias, desenvueltas, y llenas de gracia, de miles de niños chilenos.

La amistad en su forma material perdió a un cruzado, pero ganó un símbolo. El afán de servicio, que fué su gran inquietud, quedó como una lección, mientras él marchaba hacia la paz, "que bien ganada la tiene quien tanto guerreó contra el dolor, la pobreza y el mal". (\*)

---

(\*) Palabras del Dr. Espilora Luque en los funerales de L. C. M.



## ANTES DE PENSAR EN SI

*¡Quién fuera como aquella fuente  
que en el fondo del laberinto aún  
ríe con su risa de cristal, sin alma  
y sin edad!*

R. DEL VALLE INCLAN

.....  
*Pero yo tengo a Dios en la garganta  
el corazón humedecido  
y llenos los ojos de lágrimas.*

OSCAR CASTRO

**U**no de los trazos más bellos de la capital chilena es el Parque de Providencia, continuación del paseo de la Alameda de las Delicias, que seguirá llamándose así sobre su denominación oficial.

Allí se elevaron hasta no hace muchos años unos muros rojos y firmes, sobre los cuales una ancha vereda y una baranda de ladrillos ofreció durante la Colonia hasta el primer cuarto del Siglo XX, un paseo y una defensa al mismo tiempo de las locuras o caprichos del río Mapocho: el Tajamar.

Paseaban por allí, según las crónicas de la Colonia, las damas y sus caballeros o galanes. Sedas y romances se enfrentaron al río que corría por su lecho de piedras. Fué la gran obra de don Ambrosio en la capital. El infatigable Gobernador efectuó en Chile una labor colosal y adelantada a su época. El paseo del Tajamar fué una muestra de su alta calidad de gobernante e ingeniero.

Corren los tiempos, y el muro de ladrillos rojos con todas sus tradiciones y recuerdos, como página pasada de la vida santiaguina, fué destruído para dejar lugar a la moderna canalización del Mapocho y a la realización de un bello parque donde se muestra gran parte de la flora chilena. Bellos rincones y amables prados verdes o

cuadros floridos, espejos de agua y surtidores, y un número apreciable de estatuas decorativas y monumentos nacionales, hacen de este trazo capitalino uno de los espacios abiertos más apreciados por los habitantes de Santiago.

Todo el día allí juegan los niños bajo el sol de las primaveras o veranos. La fina alfombra verde de los prados llena de regocijo sus pasos y sus espíritus inquietos, la lámina de los espejos de agua es rota mil veces por las pequeñas manos invasoras, y en la sombra de los árboles, cuando la tarde cae, hay palabras de amor, sin que los primeros mantos de la noche logren amedrentar al niño que juega.

Desde un recodo, enmarcado por el verde intenso de sus árboles, el Parque eleva una alta y generosa piedra tallada, de donde surgen una madre y un niño, llenos de la reciedumbre espiritual que dió el artista a su obra, y de la firmeza que entrega la materia esculpida.

En el pedestal del monumento un medallón de bronce fija el rostro del hombre a quien se rinde honores en aquellos símbolos por "su obra médica y social".

Una placa, al frente, dice: "Homenaje del Rotary Club de Santiago al Dr. Luis Calvo Mackenna, abnegado servidor de la humanidad y ejemplo de nobilísimas virtudes para las generaciones venideras. 2 de Diciembre de 1941".

Si el homenaje es justo y el símbolo es apropiado, el lugar donde se levanta el monumento no pudo ser mejor buscado.

Allí donde murieran tantas tradiciones, se levanta una nueva tradición para los que vienen. Los niños de

hoy que indudablemente viven llenos de preguntas, más que los de ayer, conocen ya el nombre y la imagen de quien fuera su mejor amigo y su mejor defensor. Si juegan y corren alrededor de la estatua, no por eso han dejado de saber una vez el por qué de aquella presencia de una mujer y su hijo sobre el pedestal. Y el nombre de Luis Calvo Mackenna les quemará mañana los labios al recordar y reconocer en los tonos que da la cultura al hombre, que supieron ese nombre junto a sus primeras inquietudes, tal como él les hubiera conocido, tal como él los quiso siempre, pretendiendo afinar sus sentimientos, y dar mayor calidad a su físico. Alma y cuerpo de la infancia, eterno futuro donde gravitan todas las esperanzas, como una siembra gozosa de humanidad, mientras se hacen fraternales todos los caminos del amanecer.



## **ESO NO ES MORIR**

*No vive más quien más años vive,  
sino quien con superior maestría  
multiplica y reparte los elementos  
de su actividad vital.*

**JOSÉ ENRIQUE RODÓ**

**M**ientras tanto allí dentro, allí donde él colocó su labor directa, aquella labor que dió la pauta básica para la organización social en Chile en defensa de la madre y el niño, allí, en cada Gota de Leche, en cada maternidad, en cada establecimiento que conociera su conciencia de médico y de ciudadano, su efigie mira desde un muro, y estas palabras dan fé del afecto que dejara trás él: "Vivir en el corazón de aquellos que hemos dejado, eso no es morir".

Junto a la Casa Nacional del Niño sé levanta el Hospital que lleva su nombre, y cuyo proyecto y organización estudiara, y cuyas piedras fundamentales alcanzara a conocer. Es otro digno monumento a su recuerdo de creador.

En el camino de Santiago a Puente Alto, en la pequeña localidad de Bellavista, hay una calle que también lleva su nombre. En esa calle está la casa que le sirviera de nominal descanso a fin de semana. Allí quería refugiarse con su esposa para aislarse un poco, descansando cada seis o siete días. Pero la puerta no podía cerrarse para los amigos que llegaban en afán de consulta o de consejo, ni podía cerrarse esa puerta si una madre solicitaba auxilio médico para su hijo enfermo.



Soñaba con tener un parque pequeño con árboles cordiales que dieran sombra, fresca, fragancia, que tuvieran pájaros cantores y libres entre sus ramas, donde el viento también hiciera vibrar el cordaje de sus instrumentos invisibles. El árbol—¡qué bien lo sabía!— es la síntesis y el símbolo de las noblezas que entrega la naturaleza a una forma. Y por eso un día, rindiéndole homenaje, e identificando su forma y su vida con sus sentimientos, fué plantado el Arbol de la Amistad.

Lo plantó Paul Harris, el que en 1905 fundara en Chicago un círculo de amigos que ha ido extendiéndose por el mundo en centenas de miles.

Y otros árboles, que llevan los nombres de otros amigos, fueron también entregados al amor de la madre tierra en aquel día, en ese bello rincón que mira de cerca la alta montaña, y que invita con ella a meditar en cosas imperecederas.

El Arbol de la Amistad crece y se extiende en la estación propicia. Es la representación viva de un espíritu que le dió nombre y apoyo para que existiera. Y él también está diciendo en su gracia natural y espontánea, en su armonía verde y bullente que le exalta y le empuja hacia la altura:

¡Eso no es morir!



# EN EL RUMBO

*In hoc signo vinces.*

**Y** aquí estamos, oh, amigo nuestro, gran ciudadano de Chile y del mundo, diciendo en palabras simples estos reflejos de tu labor superior, para que ella llegue con toda la serenidad que necesitamos hasta quienes no conocieron a fondo lo que hiciste.

El camino que señalaste, la orientación que diste a todas tus altas inquietudes, son los rumbos que en el fondo debieran sostener y mantener los que creen sentir el espíritu cívico en su mayor pureza y dignidad. Eras, sobre todo, un ciudadano.

Tu palabra y tu pensamiento cruzaron los mares y honraron a nuestro país, sin especulaciones políticas, ni espectaculares. Recogieron tu señal los hombres más hombres de la tierra; aquellos que sólo piensan que hay que dar vida a la vida, que hay que forjar hombres sanos en todas las latitudes del mundo, que hay que tallar un nuevo norte en los anchos horizontes de la humanidad.

Una mujer y su hijo cuidan tu memoria junto a la ronda de los días felices; un libro abierto espera todavía, y unos árboles entregan por tí en cada primavera su misterio gozoso.

En símbolos tan altos y tan puros ¿quién igualará tu recuerdo?

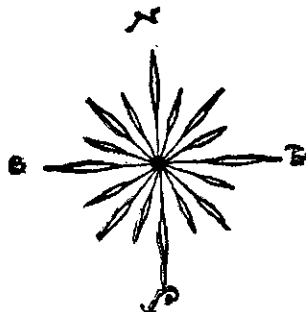
Ciudadano: a la luz de estas tardes que no has conocido, seguimos en puntillas tus pasos para conocerte bien. Y así como una vez escuchamos de cerca tu palabra fácil que hablaba de la amistad, la amistad que puede amenguar dolores y sabe comprender el afán de otros hombres, así te buscamos y así te hallamos.

Eso no es morir, dice el lema que cuida tu efigie en muchas partes. Y cómo habías de morir, cómo habías de partir para siempre cuando te miramos sencillamente grande, porque eras profundamente humano, cuando te vemos como al altivo y leal cuidador de la leyenda, con la espada de fuego en la mano, señalando en la entrada del recinto sagrado tus palabras que fueron y son el mensaje que hizo renacer a Chile, el mensaje más delicado y viril de tu espíritu cívico. ¡Respetemos los derechos del niño!

Los que te siguen en ese predicado de vida y de amor— médicos, mujeres animosas, escritores, maestros, hombres de todos los campos del trabajo— ungieron sus corazones en la gracia de un apostolado, y sientes que va desde ellos, en el silencio luminoso que te envuelve, la respuesta gozosa y superior:

¡Cumpliremos tu mandato, Ciudadano!

**Osarno, Otoño de 1948.**





D. Armando Hamel estimuló al autor para que diera cima a «Un ciudadano».

Desaparecido D. Armando, y escrita ya la obra, ha sido recomendada en forma especial por la Conferencia Tridistrital de los Clubs Rotarios Chilenos, efectuada en Viña del Mar en febrero de 1948.

Ello envuelve, por sobre todo, un homenaje a los propósitos que unieron en vida a Calvo Mackenna y Hamel.

La impresión de este libro ha estado a cargo del Rotary Club de Osorno.



---

ES PROPIEDAD.  
SE HIZO EL DEPÓSITO  
QUE ORDENA LA LEY.

---